COLECCION

DE LAS

MEJORES COMEDIAS

DEL

TEATRO ANTIGUO

Y MODERNO ESPAÑOL.

MADRID:

—

Libreria de D. José Cuesta, calle Mayor, en donde se hallará un surtido de mas de cuatro mil títulos del teatro Antiguo Español, y todas las del teatro moderno y un gran número de sainetes, entremeses, unipersonales y piezas en un acto.

Abre el ojo ó aviso á los solteros.
A buen padre mejor hijo.
Anillo de Gijes (tres partes).
Antes que te cases mira lo que haces.
Armas de la hermosura.
Aspides de Cleopatra.
Baron (el).
Boba para los otros y discreta para sí.
Bruto de Babilonia.
Buscona ó el Anzuelo de Fenisa.
Café (el) ó la comedia nueva,
Casarse para vengarse.
Castigo de la miseria.
Cerco de Roma.
Conde de Saldaña (dos partes).
Con quien vengo vengo.
Criado de dos amos.
Dar la vida por su dama,
Defensor de su agravio.
De fuera vendrá quien de casa nos echará.
Delincuente honrado.
Del rey abajo ninguno.
Desdén con el desdén.
Dómine Lucas.
Emperador Alberto.
Fuerza lastimosa.
Garrote mas bien dado.
Genízaro de Hungria.
Hijos de Edipo ó Polinice.
Huerfanita ó lo que son los parientes.
Job de las mugeres Sta. Isabel.
Juramento ante Dios.
Licenciado vidriera.
Lindo D. Diego.
Lo cierto por lo dudoso.
Mayor Mónstruo de celos.
Mágico de Salermo.
Mas ilustre fregona (cinco partes)
Mejor alcalde el rey.
Misantropía y arrepentimiento.
Mónstruo de la fortuna.
Muger de dos maridos.
Negro de mejor amo.
Negro mas prodigioso.
No hay cosa buena por fuerza.
Otelo ó moro de Venecia (trag.)
Pintor finjido.
Por la puente Juana.
Primero es la honra.
Príncipe prodigioso.
Raquel (tragedia).
Reinar despues de morir.
Renegado de Carmona.
Rosario perseguido.
Sábio en su retiro.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Secreto á voces.
Señorita mal criada.
Señorito mimado.
Sí de las niñas.
Si una vez llega á querer.
Tercero de su afrenta.
Trampa adelante.
Travesuras son valor.
Triunfo del Ave Maria.
Valiente justiciero.
Ver y creer.
Vida es sueño.
Viejo y la niña.
Zeloso y la tonta.
Acrisolar el dolor.
Convidado de piedra.
Inocencia triunfante.
Mas heróico español.
Mas vale tarde que nunca.
Perder el reino y poder.
Rencor mas inhumano.
Restaurar por deshonor.

MARIA DE INGLATERRA.

DRAMA EN TRES JORNADAS,

DE VICTOR HUGO.

TRADUCIDO

POR

DON JACOBO DE LA PEZUELA.

MADRID:
IMPRENTA DE D. I. BOIX.

1839.

PERSONAS.

MARIA, *reina de Inglaterra.*
JUANA, *hija del difunto lord Talbot.*
GILBERTO.
FABIANO FABIANI.
SIMON RENARD.
JOSE FARNABY.
UN JUDIO.
LORD CLINTON.
LORD CHANDOS.
LORD MONTAGU.
MAESE ENEAS DUVERTON.
LORD GARDINER.
UN CARCELERO.
SEÑORES, PAGES, GUARDIAS, UN VERDUGO.

Esta comedia es propiedad para su impresion del nuevo editor del teatro moderno español, moderno estrangero y antiguo español: el cual perseguirá ante la ley al que la reimprima; y para su representacion, del traductor, y no podrá ejecutarse en ningun teatro del Reino, sin obtener para ello el permiso firmado por el mismo con arreglo á las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, y de 8 de Abril de 1839.

JORNADA PRIMERA.

EL PLEBEYO.

PERSONAS.

GILBERTO.
FABIANO FABIANI.
SIMON RENARD.
LORD CLINTON.
LORD CHANDOS.
LORD MONTAGU.
JOSE FARNABY.
JUANA.
UN JUDIO.

La escena es á la orilla del Támesis. Rivera desierta. Un parapeto antiguo y arruinado oculta la margen. A la derecha, una casa de modesta fachada en cuya esquina hay una imagen de la virgen, á cuyos pies arde estopa en un enrejado de hierro. Al fondo, á la orilla opuesta del Támesis se distingue á Londres, y con especialidad los edificios grandes, la Torre y el palacio de Westminster.—Caida de la tarde.

712878

ESCENA PRIMERA.

Muchos hombres en grupos. Entre ellos SIMON RENARD, JOHN BRIDGES, BARON CHANDOS, ROBERT CLINTON, BARON DE CLINTON, EL VIZCONDE DE MONTAGU.

CHAND. Teneis razon, milord, fuerza es que ese malandrin de italiano haya hechizado á la reina, porque no puede estar sin él: solo en él se ve y se desea, á él solo presta oidos. Si se pasa un dia sin verle, parece lánguida, abatida... como cuando amaba al cardenal Polus... ya os acordareis?

REN. Sí, es cierto que me parece muy enamorada, y por consiguiente muy celosa.

CLINT. Es que la tiene hechizada el italiano.

MONT. Aseguran que los de su nacion se valen para este objeto de ciertos filtros.

MONT. Pero se sabe de fijo de qué nacion és?

CHAND. Se cree que nació en Italia, en la Capitanata, y que se ha criado en España. Dícese deudo de una ilustre familia española. Lord Clinton sabe esa historia perfectamente.

CLINT. Fabiani no es ni español, ni italiano, ni mucho menos ingles, á Dios gracias: es un aventurero. De estos hombres que á ningun pais pertenecen, y que á ningun pais tienen lástima cuando se ven elevados al poder.

MONT. No deciais, Chandos, que la reina estaba abatida? Su decaimiento poco la impide, por Dios, pasar con su favorito vida alegre y gozosa.

CLINT. Vida alegre y gozosa. Mientras que el pueblo llora! El favorito ha sido puesto en posesion de los bienes y títulos del noble Talbot, nada en riquezas! A ese Fabiani, que con tanta impostura se ha-

RBO

ce pasar por pariente de los Peñalveres de España; le han hecho conde de Cambrasil, baron de Dinasmondy! Tan par de Inglaterra es, como vos, Montagu; como vos, Chandos; como vos, Estanley; como Norfolk, como yo mismo, como el rey! Lleva las insignias de la Jarretiera igualmente que el infante de Portugal, que el rey de Dinamarca y que Percy, séptimo conde de Northumberland!!... Viejo soy, y en el curso de mi larga vida, muchos males he visto afligir á la pobre Inglaterra, pero jamas la abrumó mole como ésta! Setenta horcas nuevas hay plantadas en Tiburn: constantemente resplandecen las hogueras: dia y noche, afilan los verdugos su cuchilla: cada dia cae alguna cabeza ilustre: Blantyre antes de ayer: Norcurry ayer: hoy Sukepp: mañana Tyrconnel: la semana que viene os tocará á vos, Chandos, y á mí dentro de un mes! Milores! Milores! Es mengua, impiedad, baldon que vayan pereciendo asi nobles ingleses, tan solo por el capricho de un miserable y obscuro aventurero, de cuna y patria desconocidas! Me horrorizo al pensar que un vil favorito, en el mismo tálamo real, pueda arrancarle á Maria tantas sentencias de muerte! Decis que los dos pasan vida alegre y gozosa? Justo Dios! O colmo de iniquidad! En tanto que los cadalsos aumentan sin interrupcion el número de viudas y de huérfanos, los dos enamorados gozan, se divierten! Ah! Qué diabólica armonia forma su guitarra italiana, con el ruido de las cadenas que oprimen á tantos desgraciados. Con qué, vos señora, haceis venir de Aviñon cantores, haceis representar comedias en vuestro palacio, lleno de músicos é histriones. Por el cielo, gozad menos y consoladnos mas! Menos bacanales en palacio! Menos patíbulos en la plaza!

MONT. Moderaos, Clinton, aunque odiamos á Fabiani, somos fieles, leales vasallos de la reina, y la respetamos!

REN. (*A Clinton, dándole con la mano en el hombro.*) Moderaos, tened paciencia!

CLINT. Paciencia! Bien poco os cuesta, bien os está á vos aconsejarla, señor Simon Renard, señor baylio de Amont, vasallo del emperador, su embajador en Londres y representante del príncipe de España, futuro esposo de la reina! Vuestra persona es aqui sagrada, pero las nuestras no lo son. Podeis mirar al favorito como á un pastor de obejas; nosotros, tristes obejas, le miramos como al carnicero. (*Ya ha obscurecido enteramente.*)

REN. Pues oid. Mas que el favorito mismo estorbais vos mis planes: temeis por vuestra vida, y yo temo por mi fama y reputacion que valen mucho mas que la vida. Yo no me contento con palabras, sino con obras: yo, milord, tengo mucha menos ira que vos y mucho mas odio: asi es, que tal vez lograré dar en tierra con el favorito.

MONT. De qué medios os valdreis, cuando yo, que no tengo otra idea, no he podido descubrir ninguno?

REN. Los favoritos de las reinas nunca se levantan ni caen de dia, sino de noche.

CHAND. Y por cierto que la de hoy me parece tenebrosa y fea.

REN. Y á mí, para mi propósito, muy favorable y bella.

CHAND. Qué propósito?

REN. Mirad, lord Chandos, en el reinado de Maria reina el capricho, la política no es juego de cálculo, sino de azar; nada puede contarse por seguro. Hablando mas lógicamente, lo que sucede mañana no es una continuacion de lo que sucede hoy, y los negocios no se juegan al ajedrez, sino á los naipes.

CLINT. Todo eso está muy bien, pero, vamos al hecho. Señor baylio, lo que ante todo importa, lo que urge es saber cuando nos libertais del favorito... mañana van á decapitar á Tyrconel!...

SIM. Si esta noche encuentro al hombre que ando buscando, tranquilizaos, mañana cenará con vosotros Tirconel.

CLEN. Qué quereis decir? Y Fabiani?

SIM. Veis bien, Milord? (*Dirigiendo la vista hácia Londres.*)

CLIN. Si por cierto, aunque soy viejo y hace obscura noche.

SIM. Distinguis á Londres al otro lado del rio?

CLIN. Sí. Qué?

SIM. Si Dios me ayuda, un sugeto que en este momento se halla en el palacio de Westminster... (*Señalando á Westminster.*) Alli... mañana á estas horas estará alli, en la torre de Londres. (*Señalando la torre.*)

SINT. El cielo os proteja vuestro intento.

MONT. El pueblo aborrece á Fabiani lo mismo que nosotros: qué dia de júbilo y de fiesta será en Londres el de su ruina!

CHAN. Desde luego, señor Baylio, disponed de nosotros. Qué se ofrece que hacer?

SIM. (*Señalando la casa.*) Veis esa casa? Es la del escultor Gilberto. No la perdais de vista. Dispersaos vosotros y vuestros criados por aqui cerca, pero sin desuniros ni alejaros mucho. Sobre todo no os aventureis á determinar nada sin consultarme antes á mí.

CHAND. Está bien.

SIM. No es muy fácil hallar al hombre que busco!

ESCENA II.

JUANA, GILBERTO, JOSE FARNABY.

JOS. Me voy, amigos mios: es de noche y tengo yo que ir á desempeñar mis funciones de guardallaves de la torre de Londres. Yo no disfruto de tanta libertad como vosotros. Ya veis! un carcelero viene á ser una especie de encarcelado. Adios, Juana! adios, Gilberto: qué placer tengo en veros

contentos y felices! A proposito, Gilberto, cuándo és la boda?

GILB. Dentro de ocho dias: no es verdad, Juana?

JOS. Pasado mañana es dia de Nochebuena, de aguinaldos, de estrechos; pero, á fé, que nada me queda ya que desearos. No se puede dar ni una novia mas bonita ni un novio mas enamorado. Qué suerte teneis los dos!

GILB. Que, amigo José, no eres tu tambien feliz?

JOS. Yo, ni feliz, ni infeliz, porque ya he renunciado á todo. Ves? Gilberto, le hablan á uno, le sujieren un monton de ideas filosóficas tantas llaves de calabozos que estan siempre sonando. En mi juventud, como uno de tantos, un dia me daba por estar enamorado, un mes por ser ambicioso, y por estar loco, todo el año. Os hablo de en tiempo de Enrique VIII, hombre raro por cierto: lo mismo que una muger suele mudar de trages mudaba él de muger. Repudió á la primera, mandó cortar la cabeza á la segunda y abrir la barriga á la tercera: á la cuarta la hizo merced de la vida y la echó á cien leguas: pero en desquite mandó tambien decapitar á la quinta. No pienses, linda Juana, que te estoy contando el cuento de Barba Azul, sino la historia, la vida de Enrique VIII. En aquella época, como era lo mejor que uno podia hacer, me hallé en las guerras de religion, batiéndome una vez por unos y otra vez por otros. No dejaba la cuestion de ser embarazosa. Tratábase nada menos que ir á favor ó en contra del papa. Los soldados del rey ahorcaban á los que iban á favor y quemaban vivos á los que iban en contra: á los neutrales, es decir, á los que no se movian ni en pro ni en contra, se les ahorcaba y quemaba indiferentemente. Bienaventurado el que podia safarse de aquel atolladero. Si uno decia que si, cáñamo al pescuezo, si que nó, fuego á su cuerpo: si no decia ni que si, ni que no, cáñamo y fuego, ambas cosas. Yo mismo que os estoy hablando no podria todavia ase-

guraros con certeza al que no me hayan ahorcado y desahorcado dos ó tres veces, tan amenudo y tan de cerca como todo eso tengo ya olido al filete! Buen tiempo era aquel, asi poco mas ó menos parecido á este; en aquella confusion de peleas y mas peleas, batallaba yo indistintamente, y si me preguntaseis ahora por quien y por qué, buen trabajo me costaria deciroslo. Gilberto! cuando un sugeto tiene canas no debe perder el tiempo en recordar qué opinion sostenia, ni á que muger hacia la corte cuando tenia veinte años, porque entonces tanto las mugeres como las opiniones le parecian feas, viejas, ruines, desdentadas, arrugadas y necias. Esta es la historia de mi vida y ahora me he retirado ya de los negocios, y no soy soldado ni del rey ni del papa: soy carcelero de la torre de Londres, no peleo por nadie y á todo bicho viviente encierro cuando me lo mandan. Sí, soy carcelero, viejo, con una pierna en un calabozo y otra en la huesa. A veces me entretengo en recoger todos los cachos de favoritos y ministros que se quiebran en palacio, ocupacion muy divertida! Sin embargo, todavia hay en el mundo por quien me tome interés: vosotros, vervi-gracia. En viéndoos felices yo tambien soy feliz.

GILB. En ese caso, José, bien puedes reputarte por tal, no es cierto, Juana? (*Juana está como distraida.*)

JOS. Yo nada puedo hacer por tu dicha; pero Juana puedo hacerlo todo... Ella es tu amada y yo no tendré nunca una ocasion de serte útil, porque felizmente eres demasiado plebeyo para poder necesitar los favores del guardallaves de la torre de Londres. Una vez que Juana y yo todo te lo debemos, ella te pagará mi deuda y la suya al mismo tiempo. Era una pobre niña huerfana, abandonada; tu la recogiste y la criaste, y yo, á no ser por tí, ya te acordarás, que me hubiera ahogado en el Támesis una mañana.

GILB. Y á qué viene ahora hablar de eso?

JOS. A manifestarte que su obligacion y la mia es quererte, yo como á un hermano, ella no como á hermano, si no...

JUANA. Sino como á un esposo, no es esto, Jose? (*Vuelve á distraerse.*)

GILB. Mírala, José, no és verdad que es hermosa y hechicera y que seria digna de un príncipe? Si supieras! No puedes figurarte lo que la amo!

JOS. Oye... No seas imprudente. A un niño... á una niña, tal cual; pero á una muger nunca se la debe querer con esceso...

GILB. Qué quereis decir?

JOS. Nada. Dentro de ocho dias asistiré á vuestra boda: espero que para entonces los negocios de estado me dejarán algun desahogo, y que todo se habrá ya concluido.

GILB. Qué? Qué es lo que habrá de concluirse?

JOS. Eh! Qué te importan á ti esas cosas? Gilberto? A un plebeyo enamorado, feliz en su modesta espera, qué cuidado debe dársele de las intrigas que andan por otra mas alta? A qué viene esa pregunta? Mira... te diré en confianza que se espera que de aqui á ocho dias, tal vez, antes de veinte y cuatro horas quizá, otro favorito remplace á Fabiani al lado de la reina Maria.

GILB. Quién es ese Fabiani?

JOS. El amante de Maria Tudor, un favorito famoso, muy guapo; tarda en mandar cortar veinte cabezas menos que un flamenco en sorberse un vaso de cerveza de diez años á esta parte, es el favorito que mejores gages ha proporcionado al verdugo de Londres. Ya sabrás que á ese le dan diez escudos de plata por cada cabeza de señor, y aun veinte escudos si el señor es de muy alta prosapia. Bastante desean todos dar en tierra con el tal Fabiani, aunque nadie se haya determinado á echar el cascabel al gato. Yo, es verdad que he oido hablar mal de lord Fabiani principalmente á aquellos á quienes tiene dispuesto que se les decapite y suelen tener bastante mal humor.

GILB. Bah! no es malo que se devoren los lobos unos á otros. Qué nos importa á nosotros Maria y su favorito? No es verdad? Juana?

JOS. Oh! No se le está armando mala á Fabiani. Si se libra, bien puede tenerse por hombre de suerte! No estrañaria nada que esta noche se diese un golpe de mano. Se me figura que he visto ir y venir por estos contornos al amigo Simon Renard con semblante cabiloso.

GIL. Quién es ese Simon Renard?

JOS. Poco sabes de cosas. Ese es en Londres el brazo derecho del emperador, el enviado del príncipe de España, futuro esposo de la reina. Esta le aborrece al paso que le teme, porque nada puede en su daño. Ese hombre ha echado ya abajo dos ó tres favoritos; su instinto es, destruir favoritos. De cuando en cuando suele hacer una limpia en palacio. Hombre sutil, malicioso: sabe cuanto pasa y prevee las cosas de modo que al punto que percibe el menor nublado, ya está puesto en guardia bajo un parapeto de intrigas sordas y obscuras. Lord Paget... no me has preguntado tambien quien es lord Paget?... es un señor muy listo que anduvo mucho en maroma en tiempo de Enrique VIII. Es miembro del consejo privado y tiene sobre todos tal ascendiente, que, á escepcion del lord Gardiner el Canciller, enemigo suyo, nadie se atreve á resollar en su presencia. Lord Gardiner es de alta cuna y de genio muy violento. Lord Paget es de mas baja esfera, hijo de un zapatero de viejo. Ahora le van á hacer baron de Baldeser...

GILB. Qué hombre este! que enterado está de todo!

(*Simon Renard aparece en el fondo.*

JOS. Es claro, á fuerza de oir charlar á los reos de estado. Gilberto! nadie puede saber la historia de estos tiempos mejor que el carcelero de la torre de Londres.

REN. (*Habiendo oido estas últimas palabras.*) Camarada! mejor lo sabe aun el verdugo.

JOS. Hagámonos un poco atras... Ese es Simon Renard!

GILB. Qué rabia me da con esa gente que anda siempre alrededor de mi casa!

JOS. Qué diablos tendrá él que hacer por aqui. Voime al instante porque se me antoja que el amigo me va á proporcionar tarea. Adios, Gilberto, adios, Juana hermosa; te he visto asi de alta!

GILB. Adios, José. Pero... dí, qué llevas debajo de la capa?

JOS. Ah! es que estoy maquinando un complot!

GILB. Qué complot?

JOS. No has oido que he dicho que pasado mañana era dia de aguinaldos y regalos? Olvidarse de eso un enamorado! Los lores y señores le estan preparando á Fabiani una sorpresa, y yo tambien le estoy preparando otra á una persona. Es probable que Maria Tudor mude luego de favorito, y yo quiero que mi niña mude tambien de muñeca. Veremos cual de las dos rompe antes su juguete. Quedaos con dios, amigos.

GILB. Adios: hasta la vista.

JOS. Oh! Qué grande y misericordiosa es la providencia. A cada cual da su correspondiente juguete, al niño el muñeco, al hombre el niño, el hombre á la muger, la muger al demonio! (*Vase.*)

ESCENA III.

GILBERTO, JUANA.

GILB. Yo tambien es preciso que me separe de tí; adios, Juana mia! Buenas noches!

JUANA. Qué, no venis conmigo á casa?

GILB. No, no puedo. Acuérdate que te he dicho que tengo que ir esta noche al taller á despachar una obra, un mango de puñal para no sé que lord Clambrassil, que no conozco, y que me lo ha mandado á pedir para mañana.

JUANA. Entonces, buenas noches: adios, Gilberto, hasta mañana.

GILB. No, Juana, espera un poco. Dios mio! cuanto me cuesta separarme de tí, aun cuando no sea mas que por algunos instantes. Tú sola, sí, eres mi vida y mi alegria. Sin embargo, estamos tan pobres que tengo que trabajar! Qué hombre tan debil soy! Sentémonos un poco aqui á la puerta. Despues me costará menos el marcharme! Dame la mano. Me quieres, Juana?

JUANA. Todo os lo debo, Gilberto, bien lo sé, por mas que me lo hayais ocultado. Mis padres me abandonaron, me desampararon cuando aun estaba en la cuna y vos me recogisteis. Me habeis sostenido y alimentado durante diez y seis años con el sudor de vuestra frente, mirando por mí siempre con el mismo celo é interes que lo hubiera hecho una madre cariñosa. Os debo cuanto soy, cuanto tengo!!

GILB. Pero, me quieres, Juana?

JUANA. Ah! cuántos sacrificios haceis por mí! trabajais á matar noche y dia: ahora mismo, en vez de descansar, vais á pasar la noche atareado! nunca me habeis dirigido ni la mas leve reprension, ni una palabra seca, ni he visto en vos el menor indicio de enfado. Estais pobre, y á pesar de eso ni aun para satisfacer mis antojos me ha faltado jamas nada! Siempre que pienso en vos se me saltan las lágrimas; algunas veces no teneis ni pan, y yo hasta moños tengo siempre!

GILB. Juana, me amas?

JUANA. Me postraria á vuestros pies!

GILB. Ah! nada de lo que has dicho me anuncia que yo te haya inspirado el único sentimiento que apeteciera: amor! Sí, Juana, tu amor necesito, no tu agradecimiento! Deseo tu amor ó... morirme sinó. Juana! hace diez y seis años que eres mi hija, y ahora vas á ser mi muger, sí, dentro de ocho dias., ya lo sabes... me lo has prometido. Ah! entonces, cuando me hicistes esta promesa, me amabas. Acuérdate cuando me decias: "te amo;" y levan-

tabas al cielo tus hermosos ojos. Asi, como entonces te quisiera yo siempre: he notado que de algunos meses á esta parte ha habido en tí alguna mudanza, sobre todo desde hace unas tres semanas que yo me ausento de casa algunas noches para ir á trabajar. Juana! una vez que ya me has acostumbrado á aquella dicha, quiéreme por Dios! Ahora siempre te encuentro, no diré fria, sin duda haces lo posible para no parecerlo, sino triste, como preocupada: tus espresiones de cariño no las pronuncias con la naturalidad y sencillez que acostumbrabas. Qué tienes? Puede ser que no me ames ya. Mira, soy un honrado artesano, es cierto, pero con tal que tu me amases, hasta por un asesino y ladron me trocara! Juana! Si supieras hasta qué punto te idolatro!

JUANA. Lo sé; Gilberto: hasta me haceis llorar.

GILB. De alegria, no es verdad? Dime, dime por Dios que es de alegria! Por fuerza tengo que creerlo asi, ya que no hay en el mundo bien mayor que amar y ser amado. Solo tengo, es cierto, un corazon sencillo que ofrecerte, pero debes admitirle, Juana! dime una sola palabra de amor, por el cielo! no tú, yo seré entonces el agradecido. Todo un mes me afanara por lograr de tí una sola mirada de ternura, por una sonrisa tuya sacrificaria mi vida, mi alma, mi alma por una de tus caricias. En fin, por tí no tan solo fuera capaz de las mas dignas acciones, sino que hasta delitos, crímenes cometeria!

JUANA. Gilberto, que noble corazon teneis!

GILB. Escucha, Juana, riéte si quieres de lo que voy á decirte. Estoy loco y celoso. No te enfades por esto: hace algun tiempo que he notado número de galanes señoritos que andan olfateando por este sitio: tengo, ya ves, treinta y seis años, soy un pobre artesano tosco y mal vestido; no soy ya joven ni de buena figura, y con estas circunstancias amar á una linda, encantadora niña de diez y siete años que atrae á los jóvenes mas distingui-

dos, lo mismo que la luz á las mariposas, seria por cierto una desdicha! No puedes figurarte lo que me aflige este pensamiento. Pero no te ofendas, Juana, tú, virtuosa y pura, tú, cuya frente no ha recibido aun mas beso que el de mis labios! Me parece, sin embargo, que te recreas harto al ver pasar á la reina y la comitiva que siempre lleva de señores á caballo, y que no te llaman poco la atencion todos esos vestidos de raso y terciopelo que encubren tan pocos corazones y tan pocas almas! Perdóname esta esplicacion.—A qué vendrán por aqui esos jóvenes señores? Ah! por qué no habia yo de ser lo mismo que ellos, hermoso, noble y rico? Soy Gilberto, nada mas que Gilberto el escultor! Lord Chandos, lord Fitz Gerard, el conde de Arundel, el duque da Norfolk... Oh! como me incomodan esos hombres! y sin embargo, paso la vida, haciéndoles puños y guarniciones de espadas que de mejor gana les metiera por el pecho.

JUANA. Gilberto.

GILB. Perdona, Juana. No es verdad que el amor hasta me vuelve malo?

JUANA. No. Sois un hombre bueno y benéfico.

GILB. Cada dia estoy mas loco por tí... Quisiera morirme—sí... Disimula mis desvarios; en amor, en todo, no consultes mas que tu libre, tu entera voluntad.—A todo esto, ya es tarde y hora de separarnos. Adios! Qué duro es alejarse de tí! Entra en casa, no tienes la llave?

JUANA. No. Hace unos dias que se me ha estraviado.

GILB. Toma la mia. Adios, Juana, acuérdate que hoy todavía eres mi hija, y que dentro de ocho dias serás mi esposa. (*Vase.*)

JUANA. Tu esposa! No, no llegará mi perfidia á tanto! Infeliz Gilberto... Ese si me ama!... el otro! Con todo, ojalá que el amor me haya llevado mas que la vanidad! De quién, de quién dependo yo ahora? Desgraciado! Qué ingrata y que culpable soy!... Oigo pasos... me retiro... (*Entra en la casa.*)

ESCENA IV.

GILBERLO, JUDIO *embozado y cubierta la cabeza con un gorro amarillo lleva á Gilberto agarrado de la mano.*

GILB. Sí, te conozco. Eres el mendigo Judio que anda hace dias por las inmediaciones de esta casa. —Qué me quieres? Por qué me has traido á aqui otra vez?

JUD. Por que en ninguna parte te lo puedo decir mejor que aqui mismo.

GIL. Pues bien! Qué? habla pronto.

JUD. Escucha. Hace diez y seis años, la noche en que lord Talbord conde de Waterford, por papista y rebelde fué decapitado á la luz de fúnebres antorchas, sus partidarios fueron todos vencidos y desechos por las tropas de Enrique VIII. Toda la noche se estuvieron tirando por las calles con los arcabuces. A la sazon metido en su taller, el primer puesto que se encuentra á la entrada del puente de Londres una puerta pequeña, á la derecha y unas manchas de pintura encarnada en la pared, un artesano muy joven se dedicaba con mas afan á su tarea que al cuidado de la guerra. Serian como las dos de la mañana y tambien hácia alli se estendia la pelea, silvando las balas de una orilla á otra del Támesis. De repente llamaron á la puerta de dicho taller que una sola lámpara alumbraba. El artesano abrió á un hombre que no conocia y que llevaba en brazos á una niña en mantillas, asustada y llorosa. El hombre puso la criatura sobre una mesa y dijo: "ahi teneis esa huérfana." Dicho esto, saliose y cerró la puerta. Gilberto! aquel joven artesano no tenia tampoco padre ni madre, y con todo, huérfano él mismo, adoptó á una huérfana. La recibió en su pobre

domicilio, la cuidó, la vistió, la alimentó, la vigiló como un padre: y despues como un padre la educó y la amó. Dedicose de todo corazon á cuidar de la tierna criatura á quien la guerra civil no habia dejado otro asilo que su infeliz techo, olvidando por ella su juventud, sus gustos y aun las diversiones naturales á su edad. Aquella niña vino á ser, desde hace diez y seis años, el objeto único, esclusivo de sus ansias y desvelos. Aquel joven... eres tú, Gilberto! Aquella niña....

GILB. Es Juana: has dicho en todo verdad, pero veamos, con esta relacion, qué quieres de mí?

JUD. Se me habia olvidado decir que en los pañales de la niña habia un papel prendido con un alfiler que decia: "tened compasion de Juana!"

GILB. Sí, con sangre estaba escrito. Le conservo, le llevo siempre en el pecho. Pero... dime sin atormentarme mas, cuál es tu propósito?

JUD. Nada mas. Vuélvete á trabajar, teniendo cuidado de permanecer inmediato á tu casa. Vigílala, guárdala bien, que yo, aunque ni amigo ni enemigo tuyo, considero oportuno el darte este aviso. Marcha, ve con Dios, y si me oyes pedir socorro acude presto.

GILB. (*Aparte.*) Qué querrá ésto decir? (*Vase á pasos lentos.*)

ESCENA V.

JUDIO, *solo.*

Bien dispuesto está así. En caso necesario no me vendrá mal la ayuda de un mozo de brios y fuerte, como Gilberto.—Creo que oigo remos y sonido de guitarra en el rio... Sí.

(*Va hácia el parapeto. Oyese una guitarra y lejana voz que canta.*)

VOZ.

Cuando de noche en tus brazos
Oigo pastora tu voz,
¿No sientes, dí, cual palpita
Inquieto mi corazon?
Oh! que tu acento apacible
Me recuerda encantador,
De mis dias mas dichosos
La pasagera ilusion.
Ay, canta pastora
Con tu dulce voz.

Cuando ries, en tu boca
Rie el amor á la par,
Y los celos desvanece
Con su espresion virginal.
Donde esa risa apacible
No puede el dolo habitar,
O no es cierto que en los ojos
Retratada el alma está.
Ay, rie pastora,
Rie por piedad.

JUD. Aqui está el amigo!

(*La voz aparece poco á poco mas próxima.*)

VOZ.

Cuando duermes á mi lado
Mientras yo velo por tí,
Tu dulce aliento murmura
Como el céfiro sutil.
Entonces eres mas bella
Sin velar, sin encubrir
Con enfadosos cendales
Tu leve cuerpo gentil.
Ay, duerme pastora,
Que estás bella asi.

Cuando dices que me amas
Creo, pastora, en tu fe,
Y pienso que el cielo mismo
Me abre su inmenso dosel.

Dudar, oh! que es imposible
Para el que un instante ve
El fuego de los amores
Que en tus ojos brilla fiel.
Ay, ámame y siempre
Verasme á tus pies.

Ya lo ves, toda la vida,
Pastora del corazon,
Se encierra en estas palabras
De inapreciable valor.
Sin ella, todo es mentira,
Todo es pesar ó ilusion,
Que el cielo nuestra ventura
En esto solo encerró.
El canto, la risa,
El sueño, el amor.

JUD. Bueno. Toca en tierra. Ya despide al barquero. Perfectamente; ya se encamina hácia acá.
(*Entra Fabiani embozado dirigiéndose hacia la casa.*)

ESCENA VI.

JUDIO, FABIANI.

JUD. Eh! escuchad, si quereis, una palabra!
FAB. Me hablaban!! Quién eres, majadero?
JUD. Soy lo que querais que sea.
FAB. Esta linterna alumbra mal... pero á juzgar por tu gorro amarillo has de ser Judio... Eres Judio?
JUD. Judio, sí señor! tengo algo que deciros.
FAB. Tu nombre?
JUD. Yo se cual es el vuestro: pero vos no sabeis cual es el mio. Quiero guardar sobre vos esta ventaja.
FAB. Tú sabes como me llamo?... Es mentira!
JUD. Si tal, si lo sé. En Nápoles os llamaban siñor

Fabiani, en Madrid don Fabian y en Londres os llaman Lord Fabian Fabiani, conde de Clambrassil.

FAB. Anda á los infiernos!

JUT. Dios os guarde, milord!

FAB. Mandaré que te den de palos, picaro! Me incomoda que nadie sepa mi nombre cuando ando asi... de noche.

JUA. Y sobre todo cuando vais á donde ahora vais.

FAB. Qué dices?

JUD. Si lo supiera la reina!

FAB. Yo no voy á ninguna parte!

JUD. Sí, milord. Vais en busca de la bella Juana, á casa de la que está para casarse con Gilberto el escultor.

FAB. (*Aparte.*) Demonio! Este hombre es muy peligroso.

JUD. Quereis que os diga aun mas? Habeis seducido á esa joven. De dos meses á esta parte os ha dado entrada dos veces en su aposento, y esta noche os recibe en él por la tercera. Id, Milord; la hermosa Juana os está ya esperando!

FAB. Silencio! Calla! Qué recompensa?... cuánto oro quieres por guardar este secreto?

JUD. De eso... ya hablaremos luego. Y ahora, Milord, queréis que os diga con qué mira la habeis seducido?

FAB. Rara ocurrencia. Me enamoré de ella...

JUD. No, no os enamorasteis de ella.

FAB. Qué! Con que yo no me enamoré de Juana?

JUD. Ni mas ni menos lo mismo que os enamorasteis de la reina. A vos no suele guiaros el amor, si no el cálculo.

FAB. Oye, pillastre, eres tu un viviente de carne y hueso, ó mi conciencia en forma de judio?

JUD. Milord, voy á hablaros ahora como si fuera vuestra misma conciencia. En este caso os hallais. Sois el predilecto de Maria Tudor que os ha dado la orden de la Jarretiera, un condado y una señoria. Palabras, nada mas que vanas palabras!

La Jarretierra nó es mas que un pingajo, el condado un mero dicho y la señoria un derecho que habeis adquirido para que os corten la cabeza. Otra cosa os hacia mas falta, milord; necesitabais tierras, buenas dependencias y piugües rentas de libras esterlinas, y como el rey Enrique VIII habia confiscado los bienes de Lord Talbot, decapitado hace diez y seis años, indujisteis á la reina á que os hiciese donacion de sus bienes. Pero para que esta donacion fuese válida, era preciso que Lord Talbot hubiese muerto sin herederos, porque si apareciera alguno legítimo, habiendo muerto aquél martir de la fé que profesaba Catalina de Aragon y de la que profesa Maria Tudor, habiendo perecido, repito, por la madre y por la hija, no es dudoso que esta guiada, por su deber, su religion y su agradecimiento, por mas favorito suyo que seais, os reclamaria los bienes del Lord para dárselos á su heredero. Pero tocante á este temor os habiais tranquilizado. Lord Talbot solo tuvo una niña á quien manos desconocidas hicieron desaparecer de la cuna cuando su padre fué decapitado y en toda Inglaterra se la ha supuesto despues muerta. Sin embargo, no ha mucho que por vuestros espias averiguasteis que en la misma noche en que Enrique VIII exterminó á Talbot y á sus partidarios, una criatura habia sido misteriosamente depositada en poder de un joven escultor que vivia junto al puente de Londres, y creisteis con razon muy fundada que la joven conocida con el nombre de Juana, fuese Juana Talbot, la niña desaparecida. Aunque faltasen escritos y pruebas que acreditasen su nacimiento, era no obstante temible que estas pruebas apareciesen el dia menos pensado. Verse obligado á restituir á una niña las magnificas posesiones de Shrewbury la hermosa villa de Weford y el rico condado de Waterford: qué cosa tan cruel! El medio de evitar este mal, ya lo habeis sabido hablar, milord: un hombre vulgar hubiera man-

dado envenenar ó asesinar á Juana: vos lo habeis entendido mejor, la habeis deshonrado.

FAB. Insolente!

JUD. Vuestra conciencia acaba de hablaros por mi boca, milord, cualquier otro se habria contentado con matarla pero á vos os ha parecido mejor arrebatarle su honra, su porvenir que és lo mismo. Aunque amiga de galanteo, no deja Maria Tudor de ser gazmoña y escrupulosa.

FAB. (*Aparte.*) Ese hombre lo penetra todo!

JUD. No seria dificil que, estando Maria enfermiza, se muriera. Entonces, sobre su sepulcro, se desmoronaria el favorito. Pueden muy bien aparecer las pruebas de la legitimidad de Juana, y una vez muerta Maria, por mas que la hayais deshonrado, siempre seria reconocida como heredera de lord Talbot. Todo esto lo teneis previsto, milord: sois un jóven de hermosa presencia, y habiendo obtenido que satisfaciese vuestros deseos, tambien habeis logrado su cariño: lo mas que puede luego suceder és, que tengais que casaros con ella. Milord, no me negueis que vuestro plan es ese: lo encuentro sublime. Si yo no fuese quien soy, de buena gana me trocara por vos.

FAB. Lo agradezco.

JUD. Eso es lo que se llama dirigir con maña un enredo. Ocultando vuestro nombre os habeis puesto á cubierto de las sospechas de Maria, y la pobre Juana cree que el que la ha seducido es un caballero del pais de Sommerset, nombrado Amyas Pawlett.

FAB. (*Aparte.*) Todo, todo lo sabe!... Y bien, qué quieres, habla, qué quieres de mí?

JUD. Milord, si apareciera una persona, que tuviese en su poder los documentos y pruebas que acreditan el nacimiento y derechos de Juana Talbot: no es verdad que no os quedarian bienes de ninguna especie, ni otros castillos que los que os fabricaseis en el aire? Qué duro seria!

FAB. Sí, pero nadie tiene esas pruebas.

JUD. (*Con ironia.*) No, eh!
FAB. Cómo! quién?
JUD. Yo.
FAB. Mientes! Un judio jamas dice la verdad.
JUD. Pues yo las tengo.
FAB. Mientes! Dónde?...
JUD. En mi faltriquera.
FAB. No lo creo... las tienes completas y arregladas?
JUD. Completas y arregladas.
FAB. Al punto, dámelas.
JUD. Poco á poco, milord.
FAB. Judio, dame esos papeles!
JUD. Muy bien.—"Judio, mendigo que pides limosna, dame la villa de Shrewsbury, la villa de Werford, el condado de Waterford!"—Una limosna por Dios!
FAB. Esos papeles á mi me sirven de todo, á tí de nada.
JUD. No dejarian de pagármelos muy bien Simon Renard y lord Chandos.
FAB. En medio de esos dos mastines te he de mandar ahorcar.
JUD. Sino teneis otra cosa que proponerme, me retiro.
FAB. Eh! oye, qué quieres por esos papeles?
JUD. Cierta cosa que llevais en el bolsillo.
FAB. Mi bolsa?
JUD. Eh! no, tambien yo podria darcs la mia.
FAB. Pues, de qué cosa me hablas?
JUD. Sé que llevais siempre un pergamino, una firma en blanco que os dió la reina, en el que promete y jura sobre su católica corona, conceder al que se lo presentare, la gracia fuese cual fuese que pidiere. Por esa firma en blanco os doy mis documentos. Trocaremos papel por papel.
FAB. Para qué quieres tú esa firma en blanco?
JUD. Voy á hablaros con franqueza, milord. Os he contado lo vuestro y os contaré lo mio. Yo soy uno de los principales plateros judios de la calle de Rottersten, en Bruselas. Mi oficio es prestar dinero, pero con tal que me vuelvan quince si doy

diez, á todo el mundo presto: lo mismo á satanás que al padre santo. Dos meses hace, que uno de mis deudores, antiguo dependiente de la famila de Talbot, murió desterrado, sin pagarme, y sin dejar otra cosa que un mezquino y andrajoso equipage. Apodereme de sus trapos, y entre ellos hallé una caja que contenia los papeles de que hablamos, las pruebas destinadas á acreditar en tiempo mas próspero el nacimiento de la hija de lord Talbot y sus derechos. Entonces, hallándome yo en el caso de necesitar de la reina de Inglaterra para un préstamo de diez mil marcos de oro, comprendí al instante que, armado de estos papeles, á ninguno mejor que á vos podria dirigirme para que me ayudase al logro de mi deseo. Vine pues á Inglaterra disfrazado cual me veis, y como las cosas que me interesan no gusto de encargárselas á nadie, empecé á seguir vuestros pasos y los de Juana Talbot. Asi es como he conseguido averiguarlo todo. Aqui teneis los papeles, con tal que me deis esa firma en blanco, que podrá servirme para sacarle á la reina los diez mil marcos de oro y á pesar de que me deben en esta real hacienda algunos piquillos, quedaré muy satisfecho con esa suma. No os la pido á vos porque sé que tan solo puede dármela una testa coronada. Creo que esto es hablar claro. Milord, dos sujetos tan diestros como nosotros muy poco sacarian de engañarse mútuamente. Si se hallase desterrada del mundo la franqueza, en una entrevista de dos pícaros volveria á encontrarse.

FAB. Es imposible! La firma en blanco no te la puedo dar! Diez mil marcos de oro!! Qué diria la reina! Ademas, si llegase yo ha caer en desgracia, qué otro amparo me quedaria que esa firma en blanco? En esa firma está mi cabeza!

JUD. Qué me importa eso á mí?

FAB. Pídeme otra cosa.

JUD. No. Solo la firma.

FAB. Judio!! Dame los documentos de Juana Talbot!

JUD. Milord, dadme la firma en blanco de la reina!

FAB. Maldito judio!! será necesario ceder. (*Saca un papel del bolsillo.*)

JUD. Enséñame la firma real.

FAB. Pues enséñame los papeles.

(*Se acerca á la linterna. Fabiani colocado detras del judio le presenta el papel con la mano izquierda. El judio lo examina.*)

JUD. Despues. (*Leyendo.*) Nos Maria... reina... Ya veis Milord, que lo mismo que vos lo tengo yo todo calculado y previsto.

FAB. Menos esto! (*Tira de un puñal con la mano derecha y le hiere en el pecho.*)

JUD. Ah! traidor, á mí, socorro! socorro! (*Cae, al caer tira atras y hácia el fondo un paquete cerrado, sin que Fabiani lo note.*)

FAB. Lo hé muerto! por mi vida! Pronto esos papeles! (*Registrándole.*) Pero qué! no tiene ninguno, ninguno! Embustero! Mentia el herege con el objeto de estafarme! Condenado israelita! Está visto que no los tenia! Nada gano con haberle muerto. Lo mismo son todos los perros de su casta. El hurto y la mentira son la esencia del judio! Ahora vamos á ver si se quita de delante de la puerta este estorbo. A ver si está ahi el barquero que me ayude á arrojarle al Támesis. (*Se dirige hácia el rio.*)

GILB. Me parece que he oido un grito! Un hombre asesinado! El méndigo!

JUD. Ah! Gilberto! llegas ya tarde. Recoge aquellos papeles. Por ellos se acredita que Juana, la que vá á ser tu esposa, es hija y heredera del último lord Talbot. Lord Clambrassil es mi asesino... Véngame! Véngate á ti mismo! (*Muere.*)

GILB. (*Se acerca á recogerlo.*) Está muerto! Que le vengue! que me vengue yo á mi mismo! qué habrá querido decir? Juana hija de lord Talbot! Me confundo en esas especies! Dime, dime algo mas! No... ya no existe!

ESCENA VIII.

GILBERTO, FABIANI.

FAB. Quién está ahi?

GILB. Acaban de asesinar á un hombre.

FAB. No... á un judio.

GILB. Quién le ha muerto?

FAB. Qué pregunta! uno de nosotros dos.

GILB. Señor!

FAB. No hay testigos. Un cadaver en el suelo, dos hombres juntos á él. Cuál de los dos será el asesino? Ninguna prueba habrà de que sea yo ni de que seas tú. Los dos nos hallamos en el mismo caso.

GILB. Miserable! el asesino sois vos!

FAB. Pues bien, yo soy, qué tenemos?

GILB. Voy á avisar á los constables.

FAB. Lo que sí vas á hacer es ayudarme á echar al rio ese cadaver.

GILB. Voy á que os prendan, á que os castiguen.

FAB. Vais á ayudarme á echar al agua ese cuerpo.

GILB. Imprudente!

FAB. Creeme. Borremos toda señal de esta ocurrencia. Aun estas mas interesado que yo en ello.

GILB. Cosa singular fuera por cierto!

FAB. Uno de los dos ha cometido el delito. Yo soy un señor poderoso, un noble lord. Tu eres un cualquiera, un hombre del pueblo. Cuatro sueldos de multa le obligan á pagar á un señor que mata á un judio. A un plebeyo que mata á otro plebeyo se le ahorca.

GILB. Y qué! os atreveriais?...

FAB. A delatarte á tí si me delataras á mi. Mi testimonio valdrá mas que el tuyo y en caso de aprieto siempre saldria yo mejor que tú. Lo mas que pue-

de ocurrir es que yo tenga que pagar cuatro sueldos y que te cuelguen á ti.

GILB. No hay testigos!.. No hay pruebas! Ah! pierdo la razon!... acierta el infame! puede hacer de mi lo que quiera.

FAB. Os ayudo á hechar el muerto al rio?

GILB. Sois el mismo espíritu infernal.

(*Cojen el cadaver entre los dos y lo arrojan al Támesis.*)

FAB. Es cierto. A fé que ya ni me acuerdo cuál de nosotros dos fué el que ha despachado á este pobre hombre. Operacion concluida.— Camarada, buenas noches. Puedes ya seguir tu camino.— Qué te se ofrece ahora? Pedís sin duda dinero por la faena? En conciencia nada deberia darte.. toma con todo. Márchate ya! qué diablos tienes que aguardar ahi?

GILB. Nada.

FAB. Si es por gusto, bueno, quedate acompañando á las estrellas, que yo voy á hacérsela á una linda muchacha. Quédate con Dios!

GILB. Qué vais á hacer ahi?

FAB. Toma! á entrar en mi casa.

GILB. Cómo, á entrar en vuestra casa?

FAB. Sì, en mi casa.

GILB. Ahora, cuál de los dos soñará? Me deciais hace poco que yo era el asesino del judio: ahora tambien me decís que esa casa es vuestra!

FAB. O la de mi querida, que viene á ser lo mismo.

GILB. Repetid, repetid esas palabras!

FAB. Amigo, ya que tienes tanto empeño en saberlo, te diré que esa casa es de una jóven muy hermosa que se nombra Juana y es mi querida.

GILB. Milord! mientes! eres un embustero infame, un asesino! Sin duda has de ser hijo de alguna inmunda prostituta y de algun presidario. Juro arrancarte vivas las entrañas.. córtarte esa vil lengua!...

FAB. Hola! Qué hombre es este?

GILB. Gilberto el escultor, el que ha de ser esposo de Juana.

FAB. Yo soy el querido de Juana, el caballero Amyas Pawlett.

GILB. Mientes! te figuras que yo no sé imbécil, que eres lord Clambrassil el favorito de la reina?

FAB. (*Aparte.*) Con que todo el mundo me conoce esta noche! tendré tambien que deshacerme de otro hombre peligroso.

GILB. Confiesa al punto que has mentido como un villano y que no eres el querido de Juana!

FAB. Conoceis su letra? (*Saca un papel.*) Mira, lee. (*Aparte.*) Para dar tiempo á que lleguen mis criados bueno es que entre á reñir con ella.

GILB. (*Mirando el papel.*) "Esta noche estaré sola: podeis venir." Maldicion! Milord, has deshonrado á la que iba á ser mi esposa! Hombre perverso! dame satisfaccion!

FAB. Bien: donde está tu espada?

GILB. O furia! O suerte inicua! No llevo ni puñal ni espada por que soy un hombre del pueblo!... Pero... no tengas cuidado, miserable! Vah! yo te asesinaré! yo te torceré el cuello!

FAB. Me parece, amigo, que sois de genio algo fuerte.

GILB. Si... horrible será mi venganza!

FAB. Hombre, deliras, tus tiros, de tan bajo me han de alcanzar á mí tan alto! Que locura! te aconsejo que no pienses en eso.

GILB. Que no piense yo en eso!

FAB. Harás mal.

GILB. Ya verás.

FAB. (*Aparte.*) Es preciso que este hombre no vea lucir el sol de mañana. (*Alto.*) Mira, creeme, vete á tu casa. A la verdad siento que me hayas descubierto ese enredillo y te dejo el campo libre. Asi como asi yo no le daba tampoco gran importancia. Anda, recógete! Por si acaso no llevas la tuya, ahi tienes esa llave. Si te acomoda, tambien

puedes dar cuatro golpecillos y verás como al instante viene Juana á abrirte pensando que soy yo. Buenas noches!

ESCENA VIII.

GILBERTO, *solo.*

GILB. Se ha marchado! y sin que yo le haya hecho ceniza! Sin que yo le haya quebrantado los miembros uno á uno! (*Encuentra y recoje el puñal con que fue muerto el judío.*) Ah! bien tarde llegas á mis manos. Quizá no me sirvas sino para darme yo mismo la muerte! Pero... poco importa que hayas caido del cielo ó te haya vomitado el infierno, bendito seas! Juana me ha engañado! Se entregó á ese infame! Juana es hija de lord Talbot! Juana no está ya destinada para mi! Dios mio! en un momento, qué nube de especies terribles se ha condensado sobre mi débil cabeza! Pero, ah! ante todo necesito, aun mas que respirar, vengarme de ese hombre, de lord Clambrassil. Si voy á palacio, los de la servidumbre son capaces de echarme como á un perro! Pierdo el sentido! La cabeza se me desvanece. Si logro tomar venganza, qué me importa despues morir? Sí, daria la existencia por vengarme, Qué feliz seria si pudiese hacer este pacto! Quién quiere vengarme de lord Clambrassil y tomar mi vida en pago?

ESCENA IX.

GILBERTO, SIMON RENARD.

REN. Yo.
GILB. Tú! Quién eres tú?

REN. El hombre que deseas.

GILB. Y sabes quien soy?

REN. El hombre que yo necesito.

GILB. No tengas mas que una idea... sabes? Vengarme de lord Clambrassil y morir despues.

REN. Pues te vengarás de lord Clambrassil y morirás.

GILB. Quien quiera que seas, yo te doy gracias.

REN. Obtendrás venganza, pero con la condicion de perder la vida.

GILB. Tómala.

REN. Consientes?

GILB. Sí.

REN. Pues sígueme!

GILB. A donde?

REN. Ya lo sabrás.

GILB. Acuérdate que me has prometido que me he de vengar!

REN. Acuérdate que me has prometido morir.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA.

JORNADA SEGUNDA.

LA REINA.

PERSONAS.

REINA.	SIMON RENARD.
GILBERTO.	JUANA.
FABIAN FABIANI.	SEÑORES. VERDUGO.

Sala de la habitacion de la reina. Un evangelio abierto sobre un reclinatorio. La corona real sobre un escabel. Puertas laterales. Gran puerta al fondo. Parte del fondo la tapan grandes colgaduras.

ESCENA PRIMERA.

REINA *vestida con esplendor, recostada sobre un sofá: á su lado* FABIAN FABIANI *sentado en un taburete: lleva un trage magnifico y la insignia de la orden de la Jarretiera.*

FAB Ah! si pudiera deciros cuanto os amo, señora, y

cuanto aborrezco á ese Simon Renard, mas poderoso aqui que vos misma!

REINA. Ya sabeis, Milord, que contra ese hombre nada puedo yo. Está aqui como legado del príncipe de España, mi futuro esposo.

FAB. Vuestro futuro esposo!

REINA. Vamos, Milord, no hablemos ahora de eso. Os amo á vos, qué mas necesitais? Pero ya es hora de retiraros.

FAB. No, un instante mas.

REINA. Ya es hora de reunirse el consejo privado y es preciso que la muger vuelva á ser reina.

FAB. Pues yo quiero que la muger haga esperar á la reina.

REINA Tú quieres! tú quieres! mírame... Fabian!

FAB. Qué bella sois! Para poderlo todo, aunque no fueseis reina, no necesitabais mas que ser tan hermosa. En vuestro semblante hay un no sé qué que anuncia que sois reina. Mejor escrita llevais vuestra dignidad en la frente que en la corona!

REINA. Adulador!

FAB. No te adulo, te amo!

REINA. Me amas? Y es cierto? á mi sola? Ah! vuélvemelo á decir con esos labios y con esos ojos. Nosotras, míseras mugeres, nunca sabemos de fijo lo que pasa en el corazon de los hombres. Fabian, necesitamos leer en sus ojos y los ojos mas bellos son los que mas engañan. Pero en los tuyos veo tanta sinceridad, tanto candor, que no, no puedo creer que sean capaces de engañar. Un artificio tan infernal seria servirse para mentir de ojos celestiales. Los tuyos son de ángel ò de espíritu maléfico.

FAB. No... decid los de un hombre que os adora.

REINA. Que adora á la reina.

FAB. Que adora á Maria.

REINA. Fabian, oye, tambien yo te amo á tí, pero bien sé que eres jóven y que no faltan lindas mugeres que te echen dulces miradas. Un hombre se harta de una reina como de otra muger cualquiera.

No me interrumpas... Mira... Si llegas á enamorarte de otra quiero que me lo digas con franqueza. Quizá asi te lo perdonaré... No: tú no sabes adonde llega mi delirio por tí. Instantes hay en que querria mas verte difunto que en los brazos de otra; pero, tengo instantes tambien en que no querria mas que verte feliz. Dios mio! Por qué causa me tienen algunos por muger de malos sentimientos?

FAB. Maria, contigo, contigo sola puedo yo ser feliz.

REINA. Es cierto? Es cierto? Fabian! Algunas veces los celos me consumen... me imagino... Qué muger no se lo imagina! Quisiera ser invisible, seguir todos tus pasos, saber cuanto haces, oir cuanto dices. Hay cuentos en que se habla de sortijas que hacen invisible á quien las lleve; mi corona daria por una de esas sortijas. Siempre me estoy figurando que vas á visitar las jóvenes de Londres. Oh! Dios te libre de engañarme!

FAB. Yo!... por el cielo desterrad de la imaginacion esas ideas! Maria! Yo engañaros! necesitaba ser el hombre mas ingrato y mas vil. Con ningun fundamento podeis pensar que lo sea. Yo te amo, te idolatro, María! Podria yo acaso, aunque quisiera, fijar la vista en otra muger? Qué! No sabes leer en mis ojos el cariño que te tengo? No reconoces que mi acento es el de la verdad? Mírame. Te parezco yo traidor? Al hombre que engaña á una muger, las mugeres se lo conocen al instante. Precisamente el que has escogido para hablarme de esos delirios, Maria, es aquel en que te contemplo con mas idolatria... Sí... se me figura que ningun dia te habia llegado á amar con el estremo que hoy. No es con la reina con quien hablo ahora. Qué mas puede hacerme á mi la reina? Mandarme cortar la cabeza! Tú, Maria, puedes dañarme algo mas, puedes si quieres, quebrantarme el corazon. Yo beso, estrecho entre las mias esa mano blanca y suaves, no ese cetro, señora!

REINA. Gracias! Gracias! Fabian, Adios! Volved dentro de una hora!

FAF. Un siglo llamo lo que vos llamais una hora. Adios!

(*Vase. Tan luego como sale levántase la reina precipitadamente dirigiéndose hácia una puerta falsa: la abre é introduce á Simon Renard.*)

ESCENA II.

REINA, SIMON RENARD.

REINA. Entrad, Baylio! Os habeis estado ahi? le habeis escuchado?

REN. Si señora.

REINA. Qué os parece? Qué hombre tan lleno de doblez! Qué decis?

REN. Me parece bien digno llevar un apellido que acaba en i.

REINA. Estais seguro de que va por la noche á casa de esa muger? le habeis visto bien?

REN. Yo! Chandos, Clinton, Montagu, diez testigos.

REINA. Qué infamia!

REN. Ademas, dentro de un momento daré á V. M. una prueba bien evidente. Ahi está la joven. Esta noche mandé que la prendiesen.

REINA. Y os parece que con esto basta para que ese perverso sea condenado á muerte?

REN. Por haber pasado una noche... No, señora. Acordaos que por igual motivo mandasteis formar causa á Trogmorton y salió absuelto.

REINA. Y castigué á los jueces de Trogmorton.

REN. Cuidado no tengais que castigar los de Fabiani.

REINA. Qué venganza tomar, pues, de ese traidor?

REN. V. M. solo quiere vengarse de un modo.

REINA. Del solo que sea digno de mí.

REN Trogmorton quedó absuelto, señora! vuelvo á decir á V. M. que no hay mas que un medio... Valerse de ese hombre que tengo ahi.

REINA. Y ese hombre, podrá ejecutar lo que yo quiera?
REN. Sí, con tal que V. M. haga lo que el desea.
REINA. Sacrificará su vida?
REN. Sí, con algunas condiciones.
REIEA. Qué es lo que quiere? sabeis?
REN. Lo mismo que vos, vengarse.
BEINA. Hacedle entrar y estaos donde podais escuchar lo que se diga. Señor Baylio?
REN. (*Volviendo.*) Señora.
REINA. Decid á Lord Chandos que con seis de mis hombres de armas se esté en la sala inmediata pronto á venir aquí cuando yo lo mande. A esa muger, tenedla tambien ahi por si me parece mandarla entrar. Idos.

(*Sale Simon Renard.*)

REINA. (*Sola.*) Oh! esta escena será terrible.

(*Abrese una de las puertas laterales y entran Simon Renard y Gilberto.*)

ESCENA III.

REINA, GILBERTO, SIMON RENARD.

GILB. Ante quien estoy?
REN. Ante la reina.
GILB. La reina!
REINA. Sí, yo soy la reina. Ahora no hay porque admirarse. Vos... Sois Gilberto, artesano, escultor. Vivis junto al rio con cierta Juana á quien habeis prometido ser su esposo. Esa Juana os engaña y ama á un tal Fabian que me engaña á mi. Supongo que quereis vengaros. Tambien quiero yo vengarme. Y este es el fin para que necesito disponer de vuestra vida, segun lo tenga á bien. Es preciso que luego, sin que te detengas á mirar si es mentirar ó verdad, si está bien ó mal, si es justo ó si es injusto, sea en fin, lo que fuere, dejándote tan solo guiar de mi venganza, ejecutes

ciegamente mi voluntad: es preciso que hagas lo que yo quiera, que te dejes hacer lo que yo quiera... Consientes?

GILB. Señora.

REINA. La venganza la obtendrás; pero te prevengo que has de morir. En este entender, dime cuales son tus condiciones. Si tienes madre anciana y deseas dejarla nadando en oro, habla. Al precio que tu pongas compro tu vida.

GILB. Señora! Ya no estoy decidido á morir.

REINA. Como!

GILB. Escuche V. M.: toda la noche he estado reflexionando y pensando en lo que me ha pasado, sin hallar una sola prueba positiva. Es verdad que he visto á un hombre que se ha vanagloriado de ser el querido de Juana; pero quién me asegura que no ha dicho una mentira? Le he visto una llave; quién asegura que no la haya robado: me ha enseñado una carta, quién me asegura que no se la haya hecho escribir por fuerza? Ademas, no me acuerdo si la letra es ó no verdadera. Era de noche... estaba turbado... no veia. Asi, sin mas ni mas, yo no debo aventurar mi vida que es la vida de Juana. Sin haberla visto antes á ella, no puedo creer nada, no puedo estar seguro de nada.

REINA. Ah! bien se conoce que la amas... te sucede lo que á mí... te resistes á todas las pruebas. Y si ves á Juana? y si la oyes á ella misma confesar su delito? harás entonces lo que yo deseo?

GILB. Sí, con una condicion.

REINA. Bien. Luego me la dirás. (*A Simon Renard.*) Que entre esa muger. (*Coloca á Gilberto detras de una cortina que está al fondo.*) Ponte ahí!

ESCENA IV.

REINA, JUANA, GILBERTO *detrás de la cortina.*

REINA. Acércate, jóven, ¿sabes quien soy?

JUANA. Si señora.

REINA. El que te ha seducido ¿sabes tú quien es?

JUANA. Si señora.

REINA. ¿No te habia engañado, dándotese á conocer por un caballero que se llamaba Amyas Pawlett?

JUANA. Si señora.

REINA. ¿Y sabes ya ahora que ese caballero es Fabian Fabiani conde Clambrassil?

JUANA. Si, señora.

REINA. Y para esta noche misma en que te han prendido ¿no le habias citado, no le estabas aguardando?

JUANA. *(Juntando las manos.)* Dios mio! tened piedad de mí!

REINA. Responde.

JUANA. *(Con debil voz.)* Sí.

REINA. Y ¿sabes que ni á él ni á tí os queda ya nada que esperar?

JUANA. Si. Algo aun..... la muerte.

REINA. Refiéreme la aventura... ¿en dónde viste tu por primera vez á ese hombre?

JUANA. La primera vez que le ví era... Pero ¿á qué referirlo? Una desgraciada doncella del pueblo, pobre, vanidosa, loca, coqueta, cuyos ojos se iban tras los adornos y brillantes exterioridades, una pobre jóven á quien fascinó con su brillo un gran señor... Ahí está todo! Me ha seducido! Estoy perdida, deshonrada! Nada mas puedo deciros. Dios mio, señora, cada palabra que pronuncio me cuesta una angustia mortal.

REINA. Bien.

JUANA. Cielos! la ira os conmueve! Bien lo veo, señora

Ya mi cabeza se inclina bajo la segur que la preparais.

REINA. Que yo te preparo!... yo! Me acuerdo yo acaso de tí, loca! ¿Quien eres tú, criatura infeliz para que Maria Tudor se acuerde de tí... Ahora no trato mas que de Fabian. En cuanto á ti, muger, otro se encargará de castigarte.

JUANA. Pues bien, señora, cualquiera que sea mi suerte, la sufriré sin quejarme y si os dignais acceder á una súplica que tengo que haceros, hasta os estaré reconocida. Un hombre existe que desde mi primera infancia, huérfana, pobre, desamparada, me tomó á su cuidado: ese hombre me crió, me educó con el cariño é interés de un padre: ese hombre me amaba, me ama todavia... Bien indigna he sido de el! Harto ingrata he sido! Sin embargo, su imagen, cual si fuese la de Dios, está trazada en mi corazon con rasgos augustos y sagrados. Ese hombre, á la hora en que os habló encuentra su vivienda, sola, desierta, y sin saber nada se arranca desesperado los cabellos. Pues bien, señora, lo que tan solo tengo que pediros es, que nunca llegue á saber mi desventura ni lo que se haga de mí. Dios mio! no se si entendereis que en ese hombre tengo un amigo noble y generoso, sí, en el pobre Gilberto! Ah! si: de fijo me supone inocente, me cree sin mancha y yo no quiero que me aborrezca y me desprecie, Señora! su aprecio es para mi mas que la vida! el infeliz nunca querria creerlo y concluiria por morirse de pesar. No, cómo lo habia el de creer? Triste Gilberto! En nombre del cielo, compadecedle, señora, compadecedle á él que nada os ha hecho, permitid que lo ignore siempre todo! Si llega á saber mi culpa se mata, si llega á saber mi muerte, se muere tambien él!

REINA. El hombre de quien me hablas está aqui: te escucha, te juzga y va á castigarte. (*Aparece Gilberto.*)

JUANA. Cielos! Gilberto.

GILB. (*A la reina.*) Señora, ya es vuestra mi vida!

REINA. Bien: tienes algunas condiciones que hacerme?

GILB. Si señora.

REINA. Te doy mi palabra real de cumplirlas.

GILB. Son muy sencillas, señora. Tengo una deuda de agradecimiento con un señor de vuestra corte que me ha proporcionado mucha obra en mi oficio de escultor.

REINA. Esplícate.

GILB. Este tiene secretas relaciones con una muger que no puede ser su esposa porque es de una familia proscripta. Esta muger que hasta ahora ha vivido en la obscuridad, es la hija única, la heredera de Lord Talbot, decapitado en tiempo de Enrique VII.

REINA. Como! Es cierto? El católico Lord Talbot, el noble, el leal defensor de mi madre Catalina de Aragon há dejado una hija? tambien lo será mia. Maria de Inglaterra hará por la hija de Juan Talbot, lo que Juan Talbot hizo por la madre de Maria de Inglaterra.

GILB. Entonces, V. M. tendrá el gusto de restituir á la hija de Lord Talbot, los bienes de su padre.

REINA. Si: al punto se los reclamaré á Fabian... pero, hay pruebas de que existe esa heredera?

GILB. Las hay, señora.

REINA. Ademas... aun cuando no las hubiese, soy reina; mandaria hacer otras.

GILB. V. M. puede en justicia restituir á la heredera de Talbot los bienes, títulos, rango, nombre, armas y escudo de su padre y librarla de la proscripcion que se lanzó contra todo lo que á aquel perteneció. Ademas será preciso que V. M. la case con el señor de quien he hablado, porque ese es ya el único hombre con quien puede unirse. Con estas condiciones, señora, puede V. M. á su antojo disponer de mi persona, de mi libertad y de mi vida.

REINA. Bien. Haré cuanto me dices.

GILB. Lo hará V. M.? La reina de Inglaterra se lo jura á Gilberto el escultor, sobre esa corona y ese evangelio abierto que estan ahi?

(*Señalando la corona y el evangelio.*)

REINA. Sobre esta corona real, sobre el sagrado evangelio, yo te lo juro.

GILG. Hecho queda el pacto, señora. Mandad que para los esposos, preparen un lecho nupcial y para mi, una tumba. El conde de Clambrassil es el señor. Esa muger es la hija, la heredera de Lord Talbot.

JUANA. Qué dice!

REINA. Deliras! Miserable! Acuérdate que estás hablando en la cámara real y con la reina de Inglaterra. En la cámara real tienen todos que meditar mucho lo que dicen. En este sitio una palabra ha hecho muchas veces c) r una cabeza en otro!

GILB. Mi cabeza ya la teneis, señora, ya tengo yo vuestro juramento!

REINA. Formalmente ese Fabian? esta Juana?...

GILB. Es hija y heredera de Lord Talbot.

REINA. Sueñas, imbécil? las pruebas, donde teneis las pruebas?

GILB. Aqui estan todas. (*Sacando del pecho un lio de papeles.*)

REINA. Y ahora iré yo á leer todos esos papeles! Qué me importan? quién te los pide? ten por seguro que si acreditan lo que dices, los quemaré sin dejar ni uno.

GILB. Pero no podreis quemar vuestro juramento, señora!

REINA. Mi juramento! mi juramento!

GILB. Sí, el que habeis pronunciado sobre la corona, sobre el evangelio, es decir, sobre vuestra vida en este mundo, sobre vuestra vida en el otro!

REINA. Si estas demente... qué pretendes de mi?

GILB. Juana está separada de su rango, reponedla en él! Ha perdido su honor, restituidselo! Proclamadla hija de Lord Talbot, esposa de Lord Clambrassil y disponed de mi vida!

REINA. Tú vida! de qué me sirve á mi tu vida? Solo la necesitaba para vengarme de Fabian... y tu no me comprendias! Y yo no te comprendia á tí! Me hablas de venganza! con que asi es como te vengas tú? Qué estúpida es esta gente del pueblo! te imaginas que doy fé á tu ridículo cuento de la heredera de Talbot y me sacas papeles... ni aun quiero leerlos! Con que te vende una muger y tu la echas de generoso? Pues yo no, no soy generosa. En mi corazon ahora no hay mas que odio, que rabia! Sí, yo me vengaré y tú me has de ayudar á vengarme. Este hombre está trastornado! loco! ah! bien siento tener que valerme de ti.

GILB. Ya he recibido vuestra palabra de reina católica. Lord Clambrassil ha seducido á Juana y será su esposo.

REINA. Y si no quiere serlo?

GILB. Señora, le obligareis á que lo sea.

JUANA. Gilberto! Por Dios, compadecedme.

GILB. Pues bien, si se rehusa ese infame, disponga V. M. de él y de mí lo que tenga á bien.

REINA. (*Con gozo.*) Ah! eso... eso es lo que yo queria!

GILB. En ese caso puede colocar la corona de condesa de Warterford con toda solemnidad sobre la cabeza de Juana Talbot; y yo me obligaré á ejecutar cuanto V. M. mande.

REINA. Cuanto yo te mande?

GILB. Cuanto me mandeis.

REINA. Dirás lo que sea preciso decir? Consentirás en morir si es necesario?

JUANA. Eterno Dios!

REINA. Lo juras?

GILB. Lo juro.

REINA. Pues basta. He recibido tu palabra y tu has recibido la mia. Está bien... (*Parece reflexionar algunos instantes.*) Tú (*á Juana*) sal; luego te volveré á llamar.

JUANA. Gilberto! Qué habeis hecho, Gilberto? Y aun puedo yo alzar los ojos á mirarte? Sí... sois mas

que un angel porque teneis las virtudes de un ser celestial, al mismo tiempo que las pasiones de un hombre! (*Sale.*).

ESCENA V.

REINA, GILBERTO, *despues* SIMON RENARD, LORD CHANDOS *y* GUARDIAS.

REINA. T'enes algun arma? puñal, cuchillo?

GILB. (*Sacando el puñal de Fabiani.*) Un puñal... sí señora.

REINA. Bien. Tenle en la mano. (*Le agarra el brazo con viveza.*) Baylio de Amont! Lord Chandos (*Entran los dos y guardias.*) Prended á ese hombre! Me ha amenazado con un puñal y cuando ya me iba á herir le hé detenido el brazo. Es un asesino!

GILB. Señora.

REINA. (*Bajo á Gilberto.*) Olvidais ya el convenio? Asi te prestas? (*Alto.*) Ya veis que aun tiene el puñal en la mano. Señor Baylio, cómo se llama el verdugo de la torre de Londres?

REN. Es un Irlandes que llaman Mac Dermoty.

REINA. Que venga! quiero hablarle.

REN. Vos misma!

REINA. Yo misma.

REN. La reina hablar con el verdugo!

REINA. Sí, la reina hablará con el verdugo, la cabeza hablará con la mano. Que le avisen; (*Sale un guardia.*) Lord Chandos y vos señores me respondeis de la seguridad de este hombre. Tenedle ahi en medio de vosotros. Tiene que presenciar lo que pase luego aqui. Señor Lugarteniente de Amont, está en palacio Lord Clambrassil?

REN. Ahi está en la sala inmediata esperando á que V. M. le permita entrar.

REINA. No sabe nada?

REN. Nada.

REINA. (*A Chandos.*) Que entre!

REN. Tambien espera ahi la corte: antes que Lord Clambrassil no ha de entrar nadie?

REINA. De entre los grandes, quienes son los que aborrecen á Fabian?

REN. Todos.

REINA. Quienes mas.

REN. Clinton, Montagu, Sommerset, el conde de Derby, Fitz Gerard, Lord Paget, el lord Canciller.

REINA. (*A Chandos.*) Que entren todos esos menos el Lord Canciller. El buen obispo Canciller no es amigo de Fabiani ni de nadie; es hombre muy escrupuloso. (*Mirando los papeles que Gilberto habia dejado sobre la mesa.*) Es preciso que eche una mirada sobre estos papeles!

(*Mientras que los examina, se abre la puerta del fondo y entran haciendo reverencias los señores indicados.*)

ESCENA VI.

REINA, SIMON RENARD, CHANDOS, CLINTON GUADIAS Y SEÑORES.

REINA. Dios os guarde, milores. (*A Montagu.*) Antonio Brown! nunca olvidaré que apoyasteis dignamente mi causa cuando tuve relaciones con el emperador mi tio. Lord Paget! hoy mismo recibireis la patente de baron Paget de Estafford. Hola! mi antiguo amigo, Lord Clinton! Siempre conservará mi buena amistad el que exterminó á Thomas Wyat en la llanura de san James: acordémonos que aquel dia se salvó la Inglaterra porque un puente facilitó á mis tropas el dar alcance á los rebeldes y porque entre mí y ellos se interpuso un muro. Aquel puente era el de Londres, aquel muro erais vos, Lord Clinton!

CLINT. (*A Simon Renard bajo.*) Seis meses hacia que

no me hablaba la reina con esta afabilidad. Qué bondadosa está hoy conmigo!

REN. (*Bajo á Clinton.*) Pues todavia os parecerá mas amable dentro de un rato, milord.

REINA. (*A Chandos.*) Ya puede entrar Lord Clambrassil. (*A Simon Renard.*) Cuando haga algunos instantes que se halle aqui... (*Le habla al oido y le designa la puerta por donde salió Juana.*)

(*Entra Fabiani.*)

ESCENA VII.

Los mismos, FABIANI.

REINA. Ah! ya está ahi! (*Vuelve à hablar en voz baja con Simon Renard.*)

FAB. (*Aparte, saludando por todos lados y mirando al rededor de si.*) Qué significa esto! Ahora no veo aqui mas que enemigos! La reina cuchicheando con Simon Renard! diablo! se rie! mala señal.

REINA. (*A Fabiani con afabilidad.*) Dios os guarde, milord.

FAB. (*Besándole la mano.*) Señora!... (*Aparte.*) Se me ha sonreido! Vamos... el riesgo no me amenaza á mi.

REINA. (*Siempre afable.*) Tengo que hablaros. (*Adelántase con él.*)

FAB. Y yo tambien señora, tengo que deciros, tengo quejas que daros... haberme alejado tanto tiempo de vuestra presencia! Ah! no seria así si os acordaseis de mí tanto como yo me acuerdo de vos.

REINA. Hablais sin razon: desde que nos hemos separado no he hecho mas que acordame de vos.

FAB. De veras? es tanta mi dicha! Volvedmelo á decir.

REINA. (*Sonriéndose siempre.*) Os lo juro.

FAB. Con que me amais tambien?

REINA. Sí, milord y ciertamente me he acordado tanto, de tal modo de vos, que quise prepararos

para cuando volvieseis, una sorpresa agradable.

FAB. Cómo! Qué sorpresa?

REINA. Un encuentro que os llenará de satisfaccion.

FAB. El encuentro de quién?

REINA. Qué! no lo adivinais?

FAB. No señora.

REINA. Pues volved la vista. (*Se vuelve y ve á Juana en el marco de la puertecilla entreabierta.*)

FAB. (*Aparte.*) Juana!

JUANA. (*Aparte.*) El és!

REINA. (*Continuando con su ronrisa.*) Milord! No conoceis á esa joven?

FAB. No señora.

REINA. (*A Juana.*) Conoceis á milord, joven?

JUANA. (*Aparte.*) (Por mas que me cueste, diré la verdad!) Si señora.

REINA. Y vos, milord, no conoceis á esa jóven?

FAB. Quieren perderme, señora. Estoy rodeado de enemigos y sin duda está confabulada con ellos esa muger. No la conozco, no sé quien es.

REINA. (*Levantándose y dándole en la cara con el guante.*) Ah! cobarde! Vendes á una! reniegas de otra! Quieres que yo te diga quien és? Esa joven es Juana Talbot, hija del noble Lord Talbot, que murió en un cadalso por la causa de mi madre... Es Juana Talbot, mi prima, la condesa de Shewsbury, de Werford, de Waterford, grande de Inglaterra! Ahi tienes quien es esa muger!... Lord Paget! encargado del sello privado, escuchad con atencion. La reina de Inglaterra reconoce solemnemente á esta joven por única hija y heredera del último conde de Waterfod (*Mostrando los papeles.*) Sellad esos títulos con el gran sello real... Es mi voluntad. (*A Fabiani.*) Sí, miserable, ya está reconocida y tú le volverás sus bienes! Ah! con que no conoces á esa muger? No la conoces! Pues bien; yo te diré quien és: Juana Talbot, cobarde! tu querida!

FAB. Señora!

REINA. Ya te he dicho quien es ella... ahora te diré quien

eres tú... Un hombre sin alma, sin corazon, sin sentido comun, un mísero embustero. Eh! (*Dirigiéndose á los circunstantes.*) Señores, no es necesario que os aparteis, nada me importa que oigais lo que digo á ese hombre!... Me parece que no bajo la voz! Fabian! eres un ente despreciable! Con ella has sido un vil ingrato, conmigo un traidor... eres el hombre mas digno de desprecio! Sin embargo, cierto es que te hice conde de Clambrassil, baron de Dinnasmondy y no sé que mas... Pero sin duda estaba yo demente. (*Á los circunstantes.*) Señores, perdonad si he permitido que un hombre obscuro haya llegado hasta haceros sombra. (*Á Fabian.*) Tú, caballero y gentil hombre! Compárate con los que ahi estan! Mira á Lord Chandos, á Lord Seymour, á Lord Clinton, á los condes de Derby; esos si son gentiles hombres verdaderos, no tú, gusano vil! Cómo has llegado á presumir que te asemejas á ellos!... Aunque con tanta falsedad te dices deudo de una ilustre familia española, no eres mas que un obscuro y plebeyo Italiano, hijo de un calcetero de la aldea de Larizo. Sí, señores, yo ya lo sabia y sin embargo á todo el mundo se lo callé. Cuando me echaba sus largas relaciones genealógicas hacia como que daba crédito á sus mentiras. Asi somos nosotras las mugeres! Dios mio! deseara que hubiese ahora delante muchas mugeres. Qué leccion recibirian! Miserable traidor que engañas á una y reniegas de otra... Sí, eres por cierto un hombre infame... Pero, cómo no estás postrado ante mí desde el momento en que yo desplegué los labios? De rodillas! Ponedle por fuerza de rodillas!

FAB. Vuestra Magestad...

REINA. Miserable desconocido á quien colmé de beneficios... á quien hize conde de Inglaterra, tu bajo porte no me debia estrañar... ya me lo tenian pronosticado. Pero esa ha sido siempre mi desgracia, no conocer las cosas sino cuando no puedo enmedarlas bien. Italiano es lo mismo que decir

falso, traidor. Yo tengo la culpa. Vil Fabian!... Mirad, Lady Talbot, por qué hombre os dejasteis seducir, criatura desdichada!

FAB. Señora! Os juro...

REINA. Qué! quieres tambien ser perjuro? Quieres llevar tu vileza hasta el postrer límite y que las dos nos corramos avergonzadas de haberte tenido amor? Ni levantarás la cabeza!

FAB. Sí, señora, la levantaré. Bien veo que estoy perdido, que mi muerte está decretada, que os valdreis de todos los medios, puñal, veneno...

REINA. (*Cogiéndole del brazo y adelantándose con él.*) Puñal, veneno! ¿Qué dices, italiano? Yo venganza, traidora, asesina! No, Fabian, no me valdré yo de puñal ni de veneno! Cuando debo vengarme, á qué fin buscar las tinieblas, con qué objeto encubrir mis iras? No. Conviene mas á mi justicia la claridad del dia, un sol radiante, una plaza, un tablado, una cuchilla, un pueblo amontonado por calles y ventanas, cien mil testigos! milord! quiero que escarmienten y que al ver esta venganza solemne, tremenda, llena de aparato magestuoso y fúnebre, se diga: «una muger ha sido ofendida, una reina se venga!" Al enviado favorito, al lindo, á la par que insolente jóven á quien yo habia vestido de raso y terciopelo, quiero verle traqueteado en manos del verdugo, quiero verle abatido, desfigurado, convulso, puesto de rodillas, sobre un tapiz negro descalzo, maniatado, maldecido del pueblo. En esa garganta tan blanca, en lugar de la cadena de oro con que yo la adorné quiero ver una soga. Ya he visto que aire tenia Fabian en un trono, quiero ver que aire tiene en un cadalso! No desplegues los labios. Estás perdido sin recurso. Asi como subieron Sulffolk y Northumberland subirás tú al cadalso. Y daré ese dia de fiesta á mi buena ciudad de Londres que ya sabes cuanto te aborrece. Ah! que dulce es ser Maria, hija y nieta de reyes, soberana de Inglaterra y de los mares, cuando una necesita vengarse! Cuando estés en el patíbulo pue-

des si quieres arengar al pueblo como Northnmberland, ó como Suffolk dirigir á Dios largas oraciones para dar tiempo á que llegue el perdon; el cielo me es testigo de que le aguardarás en vano. El pérfido todavia esta mañana me llamaba de tú y me hablaba de amores! Pero, señores, veo que os admirais de oirme, vuelvo á deciros que nada me importa. (*A lord Sommerset.*) Duque! constable de la torre, desarmad á ese hombre!

FAB. Aquí está mi espada y aunque llegue á probarse que yo haya seducido á una jóven, protesto...

REINA. Y qué me importa á mi que hayas seducido á una jóven? Pienso yo acaso en eso? Los señores son testigos de que eso me es indiferente.

FAB. Seducir á una muger, señora, no es un delito que merezca la muerte. Por culpa igual, no pudo V. M. conseguir que saliese condenado Trogmorton.

REINA. Ah! con que ahora quieres hacerme frente? La lombriz pretende hacerse culebra? Y quién te ha dicho que te van á acusar por ese delito?

FAB. Pues de que me acusan? Yo no soy ingles ni súbdito de V. M., sino súbdito del rey de Nápoles y vasallo del Santo Padre; y como tal intimaré al eminentísimo cardenal Polus su legado y nuncio que me reclame. Me defenderé, señora, soy estrangero y solo puedo ser juzgado aqui en el caso de haber cometido un crimen verdadero. Qué he hecho yo?

REINA. Preguntas que has hecho!

FAB. Si, señora.

REINA. Ya habeis escuchado todos su pregunta, oid la respuesta. Prestad atencion, aun para cuidado de vosotros mismos. Vereis como para que aparezca al instante un cadalso no necesito mas que dar un golpe con el pie en el suelo. Lord Chandos! Abrid la puerta grande. Que entre la corte y todo el mundo! (*Abrese la puerta del fondo: entra toda la corte.*)

ESCENA VIII.

Los mismos, LORD CANCILLER, CORTE.

REINA. Entrad, milores. Tengo gran placer en veros reunidos.—Bien, por aqui, por esta parte los magistrados y encargados de la ley.—Harriot y Llanerillo, los sargentos dearmas de la cámara de pares, dónde estan? Ah! que estais ahi. Bienvenidos.—Desenvainad la espada y guardad á ese hombre, tenedle preso.

FAB. Señora, por qué delito?

REINA. Lord Gardiner, sabio amigo, Canciller de estos reinos, os hago saber que con toda diligencia vos y los doce lores comisarios de la cámara estrellada, que siento no esten aqui presentes, os reunais á conferenciar. Es digno de atencion lo que pasa en mi palacio. Escuchad, milores. La princesa Isabel me ha suscitado ya mas de un enemigo. Ya sabemos la conspiracion de Pietro Caro que ocasionó las turbulencias de Exeter y que se comunicaba secretamente con la princesa por medio de una cifra puesta en una guitarra. Tambien hemos tenido á Thomas Wyat sublevando el condado de Pent: al rebelde Suffolk cogido en el hueco de un arbol despues de la derrota de los suyos. Hoy tenemos un nuevo atentado. Esta mañana se presentó á mi audiencia un hombre que despues de haberme dicho algunas palabras me amenazó con un puñal, y habiéndole detenido el brazo á tiempo, fue al instante apresado por Lord Chandos y el señor Baylio de Amont. Este hombre ha declarado que Lord Clambrassil le habia inducido á este delito.

FAB. Yo? Es falso! Espantosa calumnia! En dónde, en donde se halla ese hombre!

REINA. Ahi.

GILB. (*Saliendo de entre los guardias.*) Yo soy.

REINA. A consecuencia de la declaracion hecha por este hombre, yo, Maria reina de Inglaterra, acuso ante la cámara estrellada á Fabian Fabiani, conde de Clanbrassil, como reo de alta traicion y de atentado regicida contra mi persona augusta y sagrada.

FAB. Regicida yo! oh! qué horrible falsedad! Mi razon, mi vista se turba! Qué lazo me tienden! Quien quiera que seas, miserable, te atreves á confirmar que es cierto lo que acaba de decir la reina?

GILB. Sí.

FAB. Yo, yo te hé inducido al regicidio?

GILB. Sí.

FAB. Qué sí! qué sí!... Maldicion! milores, no podeis imaginaros á que punto llega la falsedad de este hombre, vomitado por el infierno. Desdichado! Quieres perderme y no sabes que te pierdes tu tambien! No sabes que tù participas del mismo delito que me imputas! Causas mi muerte y la tuya! Imbécil! con una calumnia haces caer nuestras dos cabezas! lo sabes?

GILB. Lo sé.

FAB. Milores! ese hombre há sido pagado!

GILB. Por vos mismo. Aqui está el bolsillo lleno de oro que me disteis como salario del crimen. En el se ven bordados vuestro escudo y cifra.

FAB. Cielos!... Pero y el puñal con que se ha dicho que quiso ese hombre asesinar á la reina? Donde está el puñal?

CHAND. Aqui está.

GILB. (*A Fabiani.*) Es vuestro mismo puñal... el que me disteis para que asesinase á la reina: en vuestro palacio debeis tener la vaina.

CANC. Conde de Clambrassil! qué teneis que responder? Conoceis á ese individuo?

FAB. No.

GIBB. Es cierto que no me ha visto sino una vez en la obscuridad de la noche.—Señora! permitid que le diga algunas palabras en particular. Tal vez asi

se acordará mas de mí.—(*Acercándose á Fabian.*) Con qué hoy no conoces á nadie, milord? Ni al hombre que ultrajaste, ni á la muger que deshonraste? Ah! la reina se venga, pero tambien se venga el plebeyo artesano! Mira, pues, como vas á ser víctima de mí saña al mismo tiempo que de la suya! Qué dices? Soy Gilberto el escultor!

FAB. Milores! Ahora si digo que conozco á este hombre. Siendo él quien depone contra mí, nada, nada tengo que replicar.

REINA. Ya confiesa el crimen!

CANC. (*A Gilberto.*) Segun la ley normanda y el estatuto veinte y cinco del rey Enrique VIII, en el caso de probar el cómplice el delito de Lesa-Magestad al reo principal, su declaracion no le salva á él. En este caso, no olvideis que ni aun la reina misma tiene derecho para perdonaros y que habeis de morir en el mismo cadalso que vuestro acusasado. Reflexionad: confirmais la denuncia?

GILB. Ya se que tengo que morir. Me ratifico en mi declaracion.

JUANA. (*Aparte.*) Dios mio! Si esto es un sueño, qué sueño tan terrible!

CANC. (*A Gilberto.*) Consentís en reiterar vuestra declaracion sobre los santos evangelios? (*Presenta el libro de evangelios á Gilberto que extiende sobre él la mano.*)

GILB. Por el sagrado evangelio y por la hora de la muerte que tan cerca está ya de mi, juro que Lord Clambrassil es un asesino: que este puñal suyo, ha sido instrumento del crimen y que en pago del crimen me dió este bolsillo. Esta es la verdad pura. Dios me tenga en su gracia!

CANC. (*A Fabian.*) Milord! Qué teneis qne exponer?

FAB. Nada. Estoy perdido!

REN. (*Bajo á la reina.*) V. M. habia mandado llamar al verdugo. Ahi está.

REINA. Bien que venga!

(*Abrense las filas y aparece el verdugo con una ancha espada envainada á la espalda, vestido de encarnado y negro.*)

ESCENA IX.

Los mismos, EL VERDUGO

REINA. Duque de Sommerset! Que conduzcan presos á la torre é esos dos hombres. Lord Gardiner, gran Canciller de Inglatera, disponed que mañana empiece el proceso ante los doce pares de la cámara estrellada y entended que para cuando yo vaya á Exford para la apertura del parlamento y á Windsor á celebrar la pascua, han de estar ya juzgados y sentenciados. (*Al verdugo.*) Acércate. Deseaba verte. Sé que eres un buen servidor que has visto ya tres reinados diversos. Es costumbre muy antigua entre los soberanos de estos reinos hacerte un regalo á su advenimiento al trono, un don magnífico. Mi padre Enrique VIII te dió el broche de brillantes de su capa, y mi hermano Eduardo VI una copa de oro labrado. Ahora me toca á mi que aun nada te he dado. (*Mostrando á Fabiani.*) Acércate... Vés esa cabeza, llena de juventud y gracia, esa cabeza que esta mañana aun, era la alhaja mas bella, la mas querida y la mas preciosa que poseia? Pues, mira, esa cabeza, la ves? esa cabeza es lo que te doy!

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA.

TETCERA JORNADA.

CUAL DE LOS DOS.

PERSONAS.

REINA.	JOSE FARNABY.
GILBERTO.	MAESE ENEAS DULVERTON.
JUANA.	LORD CLINTON.
SIMON RENARD.	CARCELERO.

PRIMERA PARTE.

Sala interior de la torre de Londres. Bóveda con pilastras. Dos puertas bajas de calabozos, una á la derecha, otra á la izquierda. A la derecha, una tronera que se supone dar al Támesis: otra á la izquierda que debe dar á la calle. Una puerta falsa á cada lado en la pared. Al fondo, galeria con una especie de balcon grande cerrado con vidrieras y que da á los patios exteriores de la torre.

ESCENA PRIMERA.

GILBERTO, JOSE.

GILB. Y bien? Qué hay?

JOS. Ay de mi!

GILB. Ninguna esperanza?

JOS. Ninguna. (*Viendo que Gilberto va á asomarse á la ventana.*) Ah! Por ahi nada verás.

GILB. Di, te has informado?

JOS. De mas por desgracia.

GILF. Es por Fabiani.

JOS. Por Fabiani.

GILB. Qué hombre tan feliz és!... Maldicion!

JOS. Pobre Gilberto! tambien te llegará á ti la vez. Hoy le toca á él y puede ser que mañana te toque á ti.

GILB. Pero qué quieres decir? Entendámonos: de qué me hablas?

JOS. Del cadalso que estan levantando.

GILB. Si yo te hablaba de Juana!

JOS. De Juana!

GILB. Si, de Juana solamente. Qué me importa lo demas? Qué? no sabes que pegado siempre hace ya un mes á la ventana enrejada de mi calabozo que da á la calle, la distingo sin cesar enlutada, pálida, dando vueltas alrededor de esta parte de la torre en que Fabiani y yo estamos encerrados? No te acuerdas de mis angustias, de mis dudas, de mi incertidumbre? Por cuál de los dos vendrá? Infeliz de mí! Noche y dia me estoy haciendo esta pregunta. Tambien te la hice á tí, José, y ayer por la noche me prometiste que procurarias hoy verla y hablarla. Dime, sabes algo? Viene por mi, ó viene por Fabiani.

JOS. Lo que y sabido es que de fijo decapitaban hoy á Fabiani, he que tal vez mañana harán contigo otro

tanto. Gilberto! desde que me lo han dicho te confieso, que ni me he acordado de Juana! Tú muerte...

GILB. Mi muerte! Qué entiendes por eso? Mi muerte es que Juana ya no me ama. Desde el dia en que dejó de amarme, hé dejado yo de existir. Si, he muerto! Desde aquel momento, lo que resta de mi persona, ni aun merece el trabajo que se van á tomar mañana. Mira! no puedes tener una idea de lo que ès un hombre, que está realmente enamorado! Si hace dos meses me hubieran dicho: " Juana, tu Juana tan inocente y pura, el objeto de tu cariño y de tu orgullo, tu flor y tu riqueza, tu Juana se prostituirá á otro... La querrás tu por esposa? Le hubiera contestado: No: no la querré, aun que tuviésemos que morir ella y yo mil veces... y... habria hecho polvo al que me hubiera dirijido estas palabras. Pues si, ahora la quiero! Hoy quiero á esa Juana, no ya la Juana sin mancha que idolatraba, y cuya frente no se atrevian á tocar mis labios, sino Juana empañada, prostituida á un... miserable. Sí, si todo lo sé, pero no importa; la amo. Tengo quebrantado el corazon pero la amo y si supiera que me odiaba, me prosternaria en su presencia y besaria el fleco de su vestido. José! aunque la viese confundida entre mil rameras encenagadas, la apartaria y la estrecharia contra mi corazon; José! José!! daria, no cien años de vida, puesto que ya no me queda mas que un dia, pero la eternidad que me espera mañana, por verla aun una vez solo dirijirme su sonrisa y decirme aquella palabra que usaba antes conmigo: " te amo! José, amigo, este es el corazon de un hombre que está apasionado: se siente uno capaz de matar á la que le ha engañado y lo único que puede hacer es postrarse á sus pies, aunque á la verdad bien triste. Qué débil me encuentras tú sin duda! Y que hubiera yo adelantado con matar á Juana? Oh... tengo el corazon lleno de imájenes horribles. Si aun me ama-

se ¿ qué me importaria lo que há hecho ! Pero ama á Fabiani, por Fabiani viene á estos sitios. Lo único que sé de fijo es, que deseo la muerte ! José, ten de mi compasion !!

JOS. Hoy quitarán la vida á Fabiani!

GILB. Y mañana me la quitarán à mi.

JOS. Sucederá lo que Dios permita.

GILB. Hoy me vengo yo de él y mañana se venga él de mí.

JOS. Hermano, aqui viene el segundo constable de la torre, Maese Eneas Dulverton. Vuélvete al calavozo. Esta noche nos volveremos á ver.

GILB. Oh ! morir sin ser amado ! Morir sin que tu llores sobre mi cadàver ! Juana ! Juana ! Juana ! (*Entra en su calabozo.*)

JOS. Pobre Gilberto. Dios mio ! Quién hubiese dicho lo que habia de suceder. (*Sálese. Entran Simon Renan y Maese Eneas.*

ESCENA II.

SIMON RENARD Y MAESE ENEAS.

REN. Es por cierto singular, cual lo decis, pero qué quereis ? está loca y ni sabe lo que quiere : es muger y basta, para que no se pueda contar con nada de lo que ella diga. Qué vendrá á hacer ella misma á la torre? Es cuanto me ocurre ! El corazon de la muger es un enigma que el Rey Francisco I adivinó escribiendo estas palabras en las vidrieras de Chambord.

Frecuentemente la muger varía,
y loco es el que en ella se confia !

Escuchad, Eneas, hace mucho tiempo que somos amigos. Es preciso que el asunto quede hoy concluido. Aqui todo depende de vos. Y si os encargais... (*habla bajo al oido de Eneas*) dilatad la cosa y desconcertadla con maña. Con tal que pueda

yo disponer de un par de horas, esta noche quedará satisfecho mi deseo, y mañana ya no tendremos favorito, y, como yo seré todo poderoso, pasado mañana os haré à vos Baronnett y Lugar-teniente de la torre. Me entendeis?

ENEAS. Perfectamente.

REN. Bien. Oigo pasos y conviene que nadie nos vea juntos. Salid por ese lado, que por este yo marcho al encuentro de la Reina. (*Se separan.*)

ESCENA III.

UN CARCELERO, *entra con precaucion é introduce despues á* LADY JUANA.

CARC. Ya habeis llegado al sitio que queriais, Miladi, ahí están las puertas de los dos calabozos. Dadme ahora si quereis lo prometido.

(*Juana se desbrocha un bracelete de diamantes y se le da.*)

JUANA. Ahí esta.

CARC. Gracias. No me comprometais. (*Sale.*)

JUANA. (*Sola.*) Dios mio! de que medio valerme? á mi que le he perdido me toca salvarle; y sin embargo no puedo, porque una muger nada puede. El cadalso! el cadalso! Qué cosa tan horrible! Vamos! obras en vez de lágrimas. Pero no, no podré, no alcanzaré nada, Dios mio! vienen! Echadme una mirada de compasion! creo que se acerca gente! Se oye hablar! quien será? Reconozco esa voz... es la de la Reina... todo está perdido. (*Se oculta detras de una balastrada.*

(*Entra la Reyna y Simon Renard.*)

ESCENA IV.

REINA, SIMON RENARD, JUANA *oculta.*

REINA. Ah! os admirais de la mudanza! Decis que no me parezco á mi misma! Pues bien. Que se me dá aunque asi sea? Ahora... ya no es mi voluntad que muera!

REN. Con todo, ayer determinó V. M. que hoy fuese la ejecucion.

REINA. Del mismo modo que antes de ayer habia determinado que fuese ayer, así como determiné el domingo que fuese el lunes. Hoy mando que sea mañana.

REN. Es cierto, que desde tres semanas que hace que la cámara estrellada pronunció la sentencia, y que los dos reos volvieron á la torre, yendo el verdugo delante con la cuchilla vuelta hácia ellos, V. M. remite siempre la ejecucion de un dia para otro.

REINA. Y qué, Baylio, no comprendeis lo que eso quiere decir? Con que es preciso que una muger descubra y ponga desnudo á vuestra vista su corazon! porque es Reyna y desgraciada porque representais, aquí al príncipe de España mi futuro esposo! Dios mio! no sabeis, señor, (los hombres no lo saben), que el corazon de una mujer tiene su pudor lo mismo que su cuerpo? Pues bien, si, una vez que quereis saberlo y que haceis como que no me entendeis, si, dilato la ejecucion de Fabiani, de un dia para otro: todas las mañanas me faltan las fuerzas al figurarme que voy á oir el lúgubre tañido de la campana de la torre, anuncio de la muerte de ese hombre. Siento una angustia mortal al pensar que han de encerrar en un ataud á ese hombre, soy muger, estoy debil... pierdo la razon y le... amo aun! Os basta esta esplicacion? Estais ya satisfecho? Oh! no tengais cuidado, que no me

faltará algun dia medio de vengarme de las confesiones que me habeis arrancado!

REN. Sin embargo, debiendo V. M. ser la esposa de mi amo el príncipe Real de España, creo que ya era tiempo de que no os acordaseis mas de Fabiani, Señora!

REINA. Si el príncipe de España tiene en esto desagrado, que se esplique y tomaré otro esposo. No es por cierto escaso el número de los que pretenden mi mano. El hijo del Rey de Romanos, el príncipe de Piamonte; el infante de Portugal, el Cardenal Polus, el Rey de Dinamarca y Lord Courtenay son tan buenos como él.

REN. Lord Caurtenay! Señora! Lord Caurtenay!

REINA. Un Lord de Inglaterra, señor, descendiente de los Emperadores de Oriente.

REN. Fabiani en Londres se ha hecho odioso à todo ser nacido que posee un corazon.

REINA. Pero no á mi.

REN. Se levantará el pueblo.

REINA. Tengo tropas que le repriman.

REN. Conspirarán los grandes.

REINA. Tengo un verdugo.

REN. V. M. ha jurado sobre el libro de oraciones de vuestra madre, que no le perdonaria.

REINA. Aqui teneis una firma en blanco que me ha enviado, en la que yo juro sobre mi corona imperial hacerle gracia, y no vale menos que el libro de devocion de mi madre la corona de mi padre. Un juramento anula otro juramento. Ademas, quien os há dicho que yo quiero perdonarle?

REN. Señora, os ha vendido de un modo muy infame.

REINA. Qué importa: lo mismo hacen todos los demas hombres. Yo no quiero que Fabiani muera. Mirad, Milord,... Señor Baylio, quiero decir, Dios mio! me transtornais de tal modo las ideas que ni sé á quien hablo Si, bien sé todo lo que podeis decirme y yo misma sé tambien como vos que es un hombre vil, un traidor, un miserable, lo sé y me avergüenzo al confesar que le amo. Que quereis que

haga? tal vez no le amaria tanto si fuese hombre de bien. Pero decidme, hay alguno de todos vosotros que valga mas que él? y aun vos mismo, acaso, valeis mas que él? Estoy viendo que vais á decirme que es un favorito y que la nacion inglesa detesta á los favoritos! Ignoro yo acaso que si deseais dar con él en tierra es para poner en su lugar al conde de Kildare, á ese irlandes presumido? Decis que hace cortar veinte cabezas todos los dias. Qué os importa eso á vos? No empezeis ahora con el príncipe de España por arriba y por abajo. Buen caso haceis vos de él! , ni tampoco de si está ó no descontento, el Embajador de Francia monsieur de Noailles: es un majadero y se lo diré á él mismo sin reparo. Ademas de que soy muger y por lo mismo estoy dispensada de llevar las cosas á su cabo; una vez quiero y otra no quiero. Mi vida necesita la vida de ese hombre! Os ruego, Baylio que no me pongais ahora esa cara de candor virginal y de sencillez; bien sé todas vuestras intrigas. Aquí entre nosotros, bien sabeis lo mismo que yo que está inocente del crimen porque ha sido sentenciado, y por último os declaro que no és mi voluntad que perezca Fabiani. Si seré ó no la dueña?... Hablemos de otra cosa.

REN. Me retiro, Señora. Toda la nobleza os ha hablado por mi boca.

REYNA. Que me importa la nobleza?

REN. (*Aparte.*) Valgámonos del pueblo! (*Sale haciendo una profunda reverencia.*)

(*Aparecen Eneas y Jose.*)

ESCENA V.

JUANA *oculta*, REINA, ENEAS, JOSE.

REINA. Sois vos, Eneas? es preciso que entre vosotros dos os encargueis de hacer escapar al conde de Clambrassil.

ENEAS. Señora...

REINA. No, no, tampoco me fio de vos porque me acuerdo ahora que erais tambien enemigo suyo. Dios mio! Con que estoy rodeada de hombres que aborrecen al que yo amo! Tal vez ese guarda llaves á quien yo no conozco, le aborrecerá tambien.

JOS. Cierto es, señora.

REINA. Dios mio; con qué Simon Renard es mas rey que yo reina! Con qué no me puedo fiar aqui de ninguno? Con que no hay ninguno á quien pueda yo encargar qué proporcione la fuga á Fabiani.

(*Saliendo detras de la balustrada.*)

JUANA. Si, Señora, á mi!

JOS. (*Aparte.*) Juana.!

REINA. Tú! quien eres tú? ah! Sois vos, Lady Talbot: como os hallais aqui? Pero una vez que estais, no importa, venis à salvar á Fabiani! Gracias. Deberia aborreceros, Juana, tengo muchos motivos de celos de vos; pero os quiero porque le quereis á él! cuando esta próximo á subir al cadalso, no debemos ya tener celos, sino amor, nada mas que amor! Veo que os pasa lo que à mi y que le perdonais. Los hombres no entienden este lenguage. Hablemos, Juana, no es cierto que somos las dos bien desgraciadas? es preciso hacer que Fabiani se ponga en salvo, y para este objeto solo á vos puedo ahora recurrir. A lo menos se que procurareis hacerlo de todo corazon. Encargaos de ello. Y vosotros! obedeced ambos á Lady Juana en cuanto os mandare; con vuestra cabeza me respondereis de la obediencia!

REN. El Támesis baña la torre por esta parte y muy cerca de aqui he visto que hay un pasadizo secreto al rio. Póngase en el término del pasadizo un bote y la evasion por el rio será entonces segura.

ENEAS. Antes de una hora es imposible poner en ese parage un bote.

JUANA. Una hora es mucho tiempo!

ENEAS Pronto pasa una hora, ademas de que para entonces ya habrá oscurecido y eso es mejor si S. M. quiere que la evasion sea muy secreta.

REINA. Teneis razon. Pues bien, dentro de una hora. Os dejo, Lady Juana, tengo que ir al palacio consistorial.. Salvad á Fabiani!

JUANA. Tranquilizaos, Señora!

(*La Reyna sale. Juana la sigue con la vista.*)

JOS. (*Aparte*) Gilberto tenía razon. No piensa mas que en Fabiany!

ESCENA VI.

Los mismos menos la REINA.

JUANA. Ya habeis escuchado la órden de la Reina. Inmediatamente un barco al pié de la torre, traed las llaves de los pasadizos secretos, un sombrero y una capa.

ENEAS. Es imposible, Milady, hacer todo eso en menos de una hora de tiempo.

JUANA. Pues bien, id. (*Sale Eneas.*) Dejadme sola con este hombre.

JOS. (*Aparte.*) Con este hombre! es natural que se esplique asi: la que se olvidó de Gilberto mal podrá acordarse de José.

Se encamina hácia la puerta del calabozo de Fabiani y se dispone á abrirle.

JUANA. Que vais á hacer ahi?

JOS. Voy abrir esta puerta, á prevenir vuestros deseos.

JUANA. Que puerta és esa?

JOS. La del calabozo de Lord Fabiani.

JUANA. Y esta otra?

JOS. La del calabozo de otro.

JUANA. Ese otro, quien és?

JOS. Otro condenado á muerte. Un hombre á quien no conoceis, un artesano llamado Gilberto.

JUANA. Abrid esa puerta;

JOS. (*Despues de haberla habierto*) Gilberto!

ESCENA VII.

JUANA, GILBERTO, JOSE.

GILB. (*Desde lo interior del calabozo*) Qué me quieren! (*Aparece en el marco de la puerta, y al ver á Juana vacila apoyandose á la pared*) Juana! Lady Juana Talbot!

JUANA. (*De rodillas y sin alzar los ojos hácia él.*) Gilberto! vengo á salvaros.

GILB. A salvarme!

JUANA. Escuchadme, por Dios, y no me confundais. Ya penetro cuanto podeis decirme: todo es muy justo pero os ruego que no me lo digais. Antes que nada necesito salvaros: todo está ya preparado para asegurar vuestra fuga. Permitid que en vez de otra persona sea yo la que os salve y nada mas os pediré, aunque me desconozcais despues y hagais como sino supieseis quien soy. No, no me perdoneis, pero dejadme salvaros: querreis?

GILB. Os doy gracias: vuestras precauciones son ya inútiles: si ya no me amais, á que salvarme la vida?

JUANA. (*Con gozo*) Oh! Gilberto! és amor lo que aun me pides? Os dignais, aun ocuparos de lo que pasa en el corazon de esta desgraciada? todavia os parece objeto de vuestra atencion? Ah! pensaba que ya mirariais con indiferencia todo cuanto tuviese relacion conmigo, que me despreciabais demasiado para dar ni un solo pensamiento á las penas de mi alma. Gilberto! Si supieseis que efecto han causado en mi las palabras que acabais de pronunciar! Si, el de un rayo de luz en medio de las tinieblas!... Escuchadme pues! si tuviera yo valor para acercarme á vos, para estrechar vuestra mano entre las mias, si me atreviese como antes á miraros y á mirar al Cielo; sabeis lo que yo diria ahora?

puesta de rodillas, prosternada, regando vuestros pies con lágrimas, con sollozos en la boca y con la alegria de los ángeles en el corazon?... Os diria: Gilberto! yo te amo!

GILB. (*Estrechándola entre sus brazos enagenado.*) Me amas!

JUANA. Si, te amo!

GILB. Me amas! me amas, Dios eterno! Es cierto, su boca misma es la que acaba de decirmelo, Dios de bondad!

JUANA. Gilberto mio!

GILB Dices que todo está preparado para mi fuga? Pronto, pronto á la vida! á la vida! Juana me ama y quiero vivir!... Esta bóveda me parece que descansa sobre mi cabeza y que va ha aplastarme! Huyamos al punto, Juana, marchémos. Ahora que me amas á mí, tambien amo yo la vida!

JUANA. Aguarda un momento, tiene que venir una lancha y es preciso esperar á que oscurezca. Antes de una hora estaremos libres. La reina está en el palacio Consistorial, tardará todavia y hasta tanto que venga, yo soy la que mando en este sitio. Luego te lo esplicaré mejor todo.

GILB. Mucho és esperar una hora! ah! que impaciente estoy de volver á la vida y á la dicha. Juana! Juana, con que te tengo aquí á mi lado! estás ahi! Subo del Infierno al Cielo! Mira! contenme! no sé lo que me hago. Empezaría á reirme, á cantar como un loco! conque me quieres?

JUANA. Sí! Te quiero. Sí, te amo. Mira, Gilberto, cree que te hablo con tanta verdad como si estuviese en la última hora, tu eres el único á quien he querido, y en medio de mi culpa, en medio de mi delito, á ti solo te amaba; apenas caida en los brazos del espíritu maléfico que me ha perdido, lloré la falta del angel que me protegia!

GILB. No hablemos mas de eso, Juana, lo olvido; te lo perdono todo. Qué me importa lo que ya ha pasado? à quién no seduce el eco de tu voz?

quién haria lo que yo? Sí, te lo perdono, hija idolatrada! Juana! La indulgencia y el perdon, son el fondo del amor; y ya la rabia de los celos y la desesperacion han agotado el llanto en mis ojos. Pero, te perdono, te doy gracias; para mí, tu eres el solo objeto en el mundo que me deslumbra, porque á cada palabra que pronuncias, siento en el alma extinguirse un dolor, nacer un nuevo gozo.

JUANA. Siempre, siempre generoso y grande, Gilberto adorado!

GILB. Oh! No sé que diera porque estuviésemos ya huyendo lejos de esta carcel! Cuánto tarda en llegar la noche. Todavia no está el barco ahi! Juana, esta misma noche, al instante saldremos de Londres! huiremos de Inglaterra, nos iremos á Venecia: alli ganan mucho los de mi oficio, tú serás mia. Pero.. O Dios! se me olvidaba á que rango perteneces ya! harto elevado es para mí, Juana!

JUANA. Qué dices?

GILB. Hija de Lord Talbot!

JUANA. Otro nombre sé yo mas hermoso.

GILB. Cuál!

JUANA. El de esposa de Gilberto el escultor.

GILB. Juana!

JUANA. Oh, no! no pienses que pido de ti tanto como ser tu esposa. Harto sé que soy indigna de serlo! Gilberto el escultor no se bajaria á casarse con la condesa de Waterford; pero no importa, te seguiré á todas partes, te amaré no te abandonaré nunca. De dia estaré á tus pies, de noche á tu puerta, te veré trabajar y te ayudaré dándote lo necesario. En fin, podrás mirarme algo menos que como á una hermana, algo mas que como á un alano. Si te casas, Gilberto, porque al fin, Dios querrá que encuentres una muger pura, sin mancha, que sea digna de ti, pues bien, si te casas, si tu esposa es buena y consiente en ello, yo seré su criada, y sino quiereme iré a morir á un rincon, de ese modo

solamente podré yo ya separarme de ti. Si nó te casas, me estaré siempre contigo y ya veras con que dulzura y con que resignacion vivo. Si piensas de mí mal, qué me importa? Qué humillacion me queda á mi ya que tener? Soy una joven infeliz! (*Cayendo á sus pies.*)

GILB. Muger celestial! esposa mia!

JUANA. Tu esposa! hasta en el modo de perdonar te asemejas á Dios. Ya que quieres colocar sobre mi frente esa corona, bendecido seas, Gilberto!

(*Gilberto le levanta y la estrecha en sus brazos, mientras que están asi abrazados, José viene á tomar la mano de Juana.*

JOS. Soy José, Lady Juana!

GILB. Buen José!

JOS. Hace un momento que no me conociais.

JUANA. Ah! es que debia empezar por volver á conocer á Gilberto.

(*José le besa la mano. Gilberto la vuelve á abrazar.*)

GILB. Qué dicha! es verdadera esta dicha!

(*Hace ya algunos instantes que se oyen á lo lejos murmullos confusos y gritos como de tumulto en el pueblo. Empieza á obscurecer.*)

JOS. Qué ruido será ese? (*Va à la ventana que da á la calle.*)

JUANA. Dios mio! con tal que no ocurra ahora nada!

JOS. Una porcion de gente hay alli con palas, con zapapicos y hachones. Allí están á caballo los pensionarios de la Reina formados en batalla. Hácia acá viene esa nube. Qué gritos! Demonio! Creo que el pueblo está amotinado.

JUANA. Con tal que no sea contra Gilberto...

GRITOS LEJANOS. Muera Fabiani! Muera Fabiani!

JUANA. Habeis oido!

JOS. Si!

JUANA. Qué es lo que gritan?

JOS. No lo he percibido bien.

JUANA. Dios mio! Dios mio!

(*Entran precipitadamente por la puerta falsa Eneas y un Barquero.*)

ESCENA VIII.

Los mismos, ENEAS Y BARQUERO.

ENEAS. Milord Fabiani, milord; no hay que perder ni un solo instante. Han sabido que la Reyna queria salvaros la vida é inmediatamente se ha amotinado el pueblo en Lóndres. Os harian pedazos dentro de un cuarto de hora. Milord, salvaos! He aqui una capa y un sombrero. Aqui están las llaves y el barquero, y no os olvideis de que á mi me lo debeis todo. Pronto, pronto, milord! (*Bajo al barquero*,) No te des mucha priesa. (*Juana tapa apresuradamente á Gilberto con la capa y el sombrero.*)

JUANA. (*Bajo á José*) Dios mio, con tal que este hombre no le conozca!

ENEAS. (*Mirando á Gilberto cara á cara*) Pero qué! No es Lord Clambrasil..... Milady... no habeis ejecutado las órdenes de la Reyna! Haceis escapar á otro!

JUANA. (*Aparte.*) Todo está perdido! hubiera debido precaver este mal. (*Alto.*) Oh, Dios! es cierto, señor, compadeceos...

ENEAS. (*Bajo á Juana.*) Silencio! Señora, haced vuestro intento como si yo no hubiese visto ni oido nada. (*Se retira hácia el fondo con aire indiferente.*)

JUANA. Que ha dicho! Ah! la providencia se declara á favor nuestro! todos, todos quieren salvar á Gilberto.

JOS. No, Lady Juana, todos quieren perder á Fabiani.

(*Durante esta escena, redoblan los gritos afuera.*)

JUANA. Pronto, Gilberto, vamos pronto!

JOS. Dejadle ir solo.

JUANA. Yo abandonarle!

JOS. Nada mas que por un momento. Si ha de llegar el barco al puerto, que no lleve muger. Todavia se ve bastante y llamareis la atencion. Lugar teneis de encontraros despues de pasado este peligro. Que se vaya él por ahi. Vos... venid por aqui conmigo.

JUANA Tiene José razon: dónde te he de encontrar, Gilberto mio?

GILB. Bajo el primer arco del puente de Lóndres.

JUANA. Bien, ve pronto! (*Redobla el ruido.*) Ojala estuvieseis ya lejos!

JOS. Tened las llaves: necesitais lo menos un cuarto de hora largo para abrir y cerrar doce puertas, por donde teneis que pasar antes de llegar á la orilla del rio.

JUANA. Un cuarto de hora, doce puertas! que horror!

GILB. (*Abrazándola.*) Adios, Juana, todavia nos quedan algunos instantes de estar separados, pero pronto nos reuniremos para toda la vida.

JUANA. Para siempre. (*Al barquero.*) Os recomiendo su salvacion!

ENEAS. (*Bajo al barquero.*) Por lo que pueda ocurrir no te des mucha priesa. (*Gilberto sale con el baquero.*)

JOS. Ya está salvado! Cerraremos esta puerta! Venid pronto por aqui conmigo. (*Sale con Juana por otra puerta falsa.*)

ENEAS. (*Solo.*) Fabiani quedó en el lazo. Algo le habrá costado al amigo Simon el meter en el ajo á niña tan diestra... Pero... y la Reina que dirá? Con tal que no la tome conmigo...

Entran apresuradamente por la galeria Simon Renard, y la reina. Sigue el tumulto exterior y es casi de noche. Gritos de muerte, hachones encendidos, ruido de oleadas de gentes, estrépito de armas: tiros, patadas de caballos. Muchos señores con la espada en la mano acompañan á la reina. Entre ellos el heraldo de Inglaterra, Clarence lleva el estandarte real, y el heraldo de la órden de la Jarreticra, lleva el estandarte de la dicha.

ESCENA IX.

REINA, SIMON RENARD, MAESE ENEAS, LORD CLINTON, *Los dos* HERALDOS, *señores*, *pages* &c. &c.

REINA. (*Bajo á Eneas*) Se escapó Fabiani?

ENEAS. Aun no.

REINA. Aun no! (*Le dirige miradas fijas y terribles.*)

ENEAS. (*Aparte.*) Malo!

PUEBLO. (*Gritando.*) Muera Fabiani!

REN. Señora, es forzoso que V. M. tome al punto un partido. El pueblo pide á voces la muerte de ese hombre; Londres está todo ardiendo y la torre cercada por todos lados; los nobles han sido derrotados en el puente y tan solo los pensionarios de V. M. resisten ya. Por las calles, desde el palacio consistorial V. M. misma no ha logrado trasladarse á este sitio, sino con mil sobresaltos: no dude V. M. que á ese pueblo amotinado andan mezclados muchos partidarios de la princesa Isabel. Por la tenacidad de este motin y la intensidad que ha tomado, no debemos dudarlo, todo se presenta mal. V. M. que ordena?

PUEBLO. (*Gritando*) Muera! muera Fabiani!

(*Aumentan los gritos y oyense de mas cerca.*

REINA. Que muera Fabiani! No ois, milores, como ahulla el pueblo? Es preciso que arrojemos un hombre al populacho impaciente de devorar.

REN. V. M. que ordena?

REINA. Milores, por mi vida! me parece que me rodeais temblando. A fé que es preciso que una muger os de lecciones en vuestro oficio de gentiles hombres. A caballo, milores, á caballo! Os dejais meter miedo por la canalla? Las espadas han llegado á temer á los palos?

REN. Cediendo, cuando aun podeis hacerlo, cortad el mal, señora, en vez de fomentarlo. Todavia teneis

facultad para llamar á esa plebe, canalla, y dentro de una hora os veriais precisada á clamarla» Pueblo! (*Redoblan los gritos y acércase mas el ruido*)

REINA. Dentro de una hora!

REN. (*Yendo á la galeria y bolviendo.*) Dentro de un cuarto de hora, señora. Ya han forzado el primer recinto de la torre. Si dan un paso mas, llegan hasta aqui.

PUEBLO A la torre! á la torre! muera Fabiani!

REINA. Razon tienen en decir que el pueblo es una cosa horrible! Fabiani! Fabiani!

REN. Le quereis ver desgarrar á vuestra vista dentro de un instante.?

REINA. Pero que infamia! señores, ni uno tan solo de vosotros se mueve para defenderme!

CLINT. Para defenderos á vos, todos, señora, pero ninguno se moverá para defender á Fabiani!

REINA. Cielos!.. Pero sí, tanto peor: lo diré en alta voz, Fabiani es inocente! Fabiani no cometió el crimen de que ha sido acusado. Yo, Simon y Gilberto el escultor lo hemos inventado y supuesto todo. Todo ha sido una farsa, Baylio! Atreveos á decir que no! Señores! Señores! ¿Le defendeis ahora, puesto que está inocente? Os digo: os juro por mi cabeza; por mi corona y por los manes de mi madre, que está inocente del crimen que se le ha supuesto! Lord Clinton? Tan cierto es esto como que os hallais ahí. Defendedle, valiente Clinton, esterminad á esos mónstruos como lo hicisteis con Thomas Wyat... os juro que es falso que Fabiani haya querido asesinar á la reina.

CLINT. A otra reina sí ha querido él asesinar: á la Inglaterra! (*Siguen fuertemente los gritos.*)

REINA. Abrid, abrid el balcon: quiero probar al pueblo que no es culpable!

REN. Probadle tambien que no es italiano.

REINA. Apenas podria creer que el que se atreve hablarme asi sea Simon Renard, criatura del cardenal Granvele. Pues bien! Abrid la puerta de ese cala-

bozo! Ahi esta Fabiani, quero verle, quiero hablarle!

REN. (*Bajo*) Qué vais á hacer, señora? Por su propio interés no descubrais á nadie en que paraje se halla.

PUEBLO. Muera Fabiani! viva Isabel!

REINA. Dios mio! Dios mio! (*Indicando al calabozo de Fabiani.*)

REN. Escoged, señora, ó darle al pueblo esa cabeza, ó (*Indicando la corona que lleva la reina*) esa corona á la princesa Isabel.

PUEBLO. Muera, muera Fabiani...Isabel.

(*Una piedra rompe un cristal junto á la reina.*)

REN. V. M se pierde á sí sin salvarle. Ya han forzado el segundo patio, qué manda la reina?

REINA. Todos sois unos cobardes, y vos tambien, Clinton! Ya me acordaré de esto, Clinton!

REN. ¿Que dispone la reina?

REINA. Oh! Todos! Todos me abandonan! Nada he podido obtener de ellos despues de haberles dicho cuanto podia decirles! Qué caballeros son esos! A ese pueblo infame quisiera ver como á mis pies le hacian ceniza! con que algunas veces la reina no es mas que una muger! Ya os acordareis de esto, señores !!

REN. Qué manda la reina?

REINA. Lo que querais! Sois un asesino! (*Aparte*) oh, Fabiani!!

REN. Venid duque de Clarence y vos Jarretier! (*A Eneas*) vos, abrid el balcon grande de la galeria.

(*Abren el balcon grande. Simon va á él con Clarence á la derecha y Jarretier á la izquierda. Se oye afuera un gran murmullo.*)

PUEBLO. Muera Fabiani! Muera Fabiani!

REN. En el nombre de la reina! (*En el balcon y mirando al pueblo.*)

LOS DOS HERALDOS. En el nombre de la reina!

REN. La reina os hace saber que hoy á la una de esta misma noche, Fabian Fabiani, conde de Clambrassil

cubierto de pies á cabeza con un velo negro, puesta en la boca una mordaza y llevando en la mano un cirio amarillo de tres libras, será conducido desde la torre de Londres por la calle de Caringeros al mercado antiguo, y allí, públicamente degradado, se le cortará la cabeza en digno castigo de su delito de alta traicion y de atentado regicida sobre la persona imperial y augusta de S. M. la reina.

(*Grande y prolongado aplauso afuera.*)

PUEBLO. Viva la reina! Muera Fabiani!

REN. (*Prosiguiendo.*) Y para que nadie lo ignore en la ciudad de Londres, ordena la reina que mientras el condenado verifique la marcha, de la torre al mercado antiguo de Londres, sonará la campana grande. En el momento de verificarse la ejecucion se tirarán tres cañonazos: uno cuando el reo suba al cadalso, otro cuando lo tiendan sobre el tapiz negro y el último cuando caiga su cabeza. (*Aplauso.*)

PUEBLO. Luminarias! Luminarias!

REN. Esta noche en señal de alegria se iluminarán la ciudad y la torre de Londres. (*Aplausos.*) Dios guarde á Inglaterra!

LOS HERALDOS. Dios guarde á Inglaterra!

PUEBLO. Muera Fabiani! Viva María! Viva la reina!

(*Cierra el balcon: Simon Renard se dirige hácia la reina.*)

REN. Señora, jamás me perdonará la princesa Isabel lo que acabo de hacer.

REINA. Ni tampoco os lo perdonará la reina María.. Marchaos, señor!

(*Despide con el gesto á los circunstantes.*)

REN. (*Bajo á Eneas.*) Eneas, cuidad de que se dé cumplimiento á la ejecucion.

ENEAS. Confiaos en mi.

(*Simon sale; al momento de salir Eneas, corre la reina á él y agarrándole del brazo, le vuelve atraer hácia á la escena.*)

ESCENA X.

Los mismos.

GRITOS AFUERA. Muera, muera Fabiani!

REINA. Cuál de las dos cabezas piensas que estará ahora mas segura, la de Fabiani ó la tuya?

ENEAS. Señora...

REINA. Eres un traidor!

ENEAS. Señora!. (*Aparte.*) Diantre!..

REINA. No quiero esplicaciones. Te lo juro por mi madre, sí Fabiani muere, tu tambien moriras!

ENEAS. Pero señora...

REINA. Tan solo puedes ya salvarte salvando á Fabiani.

Gritos á fuera. Muera Fabiani, muera!

ENEAS. Salvar á Lord Clambrassil. Con el pueblo agrupado ahi! Es imosible, que arbitrio!...

REINA. Búscalo.

ENEAS. Como hacerlo, Dios mio!

RRINA. Hazlo por salvarle y por salvarte!

ENEAS. Pero debiendo el pueblo permanecer armado hasta verificada la ejecucion, es preciso siempre que haya uno á quien le corten la cabeza.

REINA. El que tu quieras!

ENEAS. El que yo quiera! Aguardad, señora! La ejecucion ha de ser de noche, á la luz de las antorchas, cubierto el reo con un velo negro, con una mordaza que le impida hablar, contenido el pueblo á cierta distancia del patíbulo por el cuadro de arcabuceros! hasta que vea caer una cabeza! Si... Si es posible *(aparte)* Ahora con tal que el barquero no se haya alejado... Yo le previne que no se apresurara. (*Corre á la ventana que cae al Támesis*) Todavia esta ahi! todavia es hora! (*Se asoma á la tronera con una tea en la mano y agitando el pañuelo.*) Señora, está bien, os respondo de Milord Fabiani.

REINA. Sobre tu cabeza.

ENEAS. Sobre mi cabeza.

SEGUNDA PARTE

DE LA TERCERA JORNADA.

Especie de sala á que caen dos escaleras, una que sube y otra que baja. La entrada de ambas ocupa parte del fondo. No se percibe ni de que sitio viene ni á que sitio va.

La sala está colgada de luto y de un modo singular. La pared de la derecha, y la de la izquierda, de negro con una enorme cruz blanca. En el fondo, gran cortinage blanco con gran cruz negra. Dicha colgadura negra y dicho cortinage blanco se estienden hasta perderse de vista por las escaleras. A derecha é izquierda hay un altar colgado de blanco y negro adornado y dispuesto como para celebrar funerales. Grandes cirios, ningun sacerdote, algunas pocas lámparas que penden de los techos, esparcen opaco resplandor por sala y escaleras. Lo que mas luz da es el gran cortinage blanco del fondo, por el cual trasluce el resplandor tan vivo como si hubiese una hoguera detras. Todo el piso debe ser de sepulcral embaldosado.—Al descorrerse el telon, en la gran cortina blanca y casi transparente del fondo, se distingue la sombra en negro casi inmovil de la reina.

(*Espacio de sala.*)

ESCENA PRIMERA.

JUANA, JOSE.

Entran con precaucion levantando una de las colgaduras negras, por una portezuela falsa.

JUANA. En dónde estamos, José?

JOS. En la meseta ó descanso grande de la escalera por donde bajan los sentenciados al suplicio. Todas estas colgaduras se pusieron en tiempo de Enrique VIII.

JUANA. Y no hay medio de salir de la torre?

JOS. El pueblo tiene tomadas todas las salidas. Quiere por esta vez asegurarse de que efectivamente se decapita al sentenciado. Nadie podrá salir antes de la ejecucion.

JUANA. Todavia resuena en mis oidos el pregon de muerte que se hizo en aquel balcon. ¿No lo oisteis, José, cuando estábamos alli bajo? Que horror!

JOS. Otros muchos mas he visto yo.

JUANA. Con tal que Gilberto haya conseguido ponerse en salvo! Creeis que lo esté, José?

JOS. Y tan salvo! Estoy bien seguro de ello.

JUANA. Estais seguro de ello, José?

JOS. Por la parte del rio no podia haber gente ninguna, ademas que en el momento en que se marchó Gilberto, le faltaba mucho al motin para llegar hasta el punto que llegó despues. No ha sido por cierto mala la trifulca. Eh!

JUANA. Con que estais seguro de que se ha salvado?

JOS. Y de que os está aguardando en este momento debajo del primer arco del puente de Londres. Antes de las doce de la noche estareis con el.

JUANA. Dios mio! que impaciente y que inquieto estará. (*Apercibiendo la sombra de la Reina.*) Cielos! qué és eso?

JOS. (*Bajo y tomándole la mano.*) Silencio!... Es la leona que acecha su presa.

Mientras que Juana atemorizada considera aquella sombra negra, se oye una voz lejana que parece venir de arriba, pronunciando lenta y distantemente estas palabras.

VOZ. El que viene detras de mí, cubierto con ese velo negro, es el muy alto y poderoso señor Fabian Fabiani, conde de Clambrassil, baron de Dienasmondy y de Dermoth, y va á ser decapitado en el mercado de Londres como reo de regicidio y de alta traicion.—Rogad á Dios por su alma!

OTRAS DOS VOCES. Rogad á Dios por su alma.

JUANA. (*Temblando.*) Escuchais, José?

JOS. Sí, muy á menudo oigo yo esa misma música.

(En este mismo instante aparece en lo alto de la escalera un acompañamiento fúnebre que se deja ver poco á poco, á medida que baja las gradas. Delante un hombre vestido de negro que lleva un estandarte blanco con una cruz negra. En seguida Maese Eneas Dulverton, de gran manto negro y con el baston blanco de constable en la mano. En seguida grupo de alabarderos vestidos de encarnado. En seguida el verdugo con el hacha al hombro, vuelta la cuchilla hácia el hombre que viene detras de él. En seguida un hombre enteramente cubierto con un gran velo negro que le arrastra; no se le ven mas que los brazos que le salen por una abertura que al efecto tiene dicho velo; en la mano derecha lleva un cirio amarillo encendido. Al lado de este hombre viene un sacerdote con trage de dia de difuntos. En seguida otro grupo de alabarderos vestidos de encarnado. En seguida un hombre vestido de blanco llevando un estandarte negro con cruz blanca. A derecha é izquierda dos filas de alabarderos con hachones.)

JUANA. No veis, José?

JOS. Sí, de cuando en cuando, presencio ceremonias como esta.

(Al momento de llegar á la escena el fúnebre acompañamiento, se detiene.)

ENAS. (*Con voz lenta y clara.*) El que viene detras de

mí es el muy poderoso señor Fabian &c. Rogad á Dios por su alma.

LOS DOS PORTA ESTANDARTES. Rogad á Dios por su alma.

(*El acompañamiento atraviesa lentamente el fondo de la escena.*)

JUANA. Josè, qué terrible espectáculo! la sangre se hiela en mis venas.

JOS. Ese miserable Fabiani!

JUANA. Calla, José, miserable, sí, pero bien desgraciado!

(*Llega el acompañamiento al principio de la otra escalera, y Simon Renard que hace algunos instantes ha aparecido á la entrada de esa misma escalera y lo ha observado todo, se pone á un lado para dejarle pasar. Se vé desaparecer poco á poco el acompañamiento bajo la bóveda de la escalera. Juana llena de terror lo sigue con la vista.*)

REN. (*Despues de haber desaparecido el acompañamiento.*) Qué significa eso? Qué, és Fabiani ese? Me parece de más alto. Si acaso habrá Maese Eneas?.. ahora recuerdo que la reina le dijo algo al oido. Vamos! (*Se vá siguiendo el acompañamiento.*)

VOZ *que se llega poco á poco.* El que viene detrás de mí es el muy alto y muy poderoso señor Fabiani etc. Rogad á Dios por su alma.

DOS VOCES. (*Casi indistintamente.*) Rogad á Dios por su alma!

JOS. Dentro de un momento la campana grande dará la señal de su salida de la torre. Tal vez ahora podreis escaparos y yo voy á ver de que medio nos hemos de valer. Aguardadme ahí un poco que ya vuelvo.

JUANA. Qué, me vais á dejar aqui sola? Dios mio! voy à tener miedo!

JOS. De venir conmigo, os espondreis á que os vean, porque voy á recorrer toda la torre. Es preciso que os ponga pronto afuera. Acordaos que os está esperando Gilberto. (*Sale José.*)

JUANA. Gilberto! Ah! todo lo sufriré por él. Pedeis

iros. Qué horroroso espectáculo! Cielos! lo mismo le hubiera sucedido á Gilberto! (*Se arrodilla en las gradas de uno de los altares*) Divino Salvador! Yo os doy gracias, habeis salvado á Gilberto!

(*Descórrese la colgadura del fondo y aparece la reina que se adelanta á pasos lentos hácia el proscenio, sin ver á Juana.*)

JUANA. (*Apartándose.*) Dios mio, la reina!

ESCENA II.

JUANA, *la* REINA.

(*Juana espantada se agarra al altar dirigiendo á la reina ojos estupefactos y aterrorizados. La reina permanece algunos instantes silenciosa en el proscenio, fija la vista, pálida y como abismada en sombrias meditaciones. En fin dá un gran suspiro. Mira alrededor con inquietud y ve á Juana.*)

REINA. Oh, el pueblo! Alguien está ahi! eres tú! Sois vos, Lady Juana, y os espantais de mí! No temais de mí. Maese Eneas el alcaide nos ha engañado vílmente, y bien, vuelvo á deciros que nada teneis que temer de mí. Lo mismo que hace un mes pudo perderte, es hoy la causa de tu salvacion... Amas á Fabiani. Yo tambien le amo, y en este mundo no hay mas que dos corazones del todo semejantes uno á otro, el tuyo y el mio. Las dos nos hermanamos.

JUANA. Señora!

REINA. Sí, ese hombre no tenia otro amparo que el de dos mugeres, tú y yo, y toda una poblacion, todo un reino, todo el globo conjurados contra él. Qué lucha tan desigual la del amor contra el odio, El amor que le proteje se vé en tu rostro pálido; en tu espanto y anonadamiento, en mis lágrimas: se vale de tu boca para rogar al ser eterno y de la mia para vomitar imprecaciones. El odio que

persigue á Fabiani es poderoso y triunfa: cuenta con el señorio, con la plebe, con todo el pueblo, dispone de nubes de gente armada y lanza gritos de muerte y de alegria; el odio sorberbio, altanero, todo poderoso, que ilumina una poblacion alrededor de un cadalso. El amor aqui está: dos mugeres sollozando en una tumba! Pero! He aqui el odio. (*Descorre violentamente la cortina blanca del fondo y descubre el balcon y mas allá del balcon la ciudad de Londres iluminada.*) Ciudad infame, rebelde y maldecida! Monstruo que empapas en sangre tus vestiduras festivas y que alumbras con tu tea al verdugo! Dí, no te conmueves aterrorizada, Juana? Dí, no te parece que nos está rateramente atisbando, y qué, á la luz de sus cien mil luminarias, fija su vista traidora en dos mugeres infelices abandonadas en este túmulo, Juana! no oyes como ahulla y se rie esa ciudad horrenda... Oh! que no se trocaran en llamas y teas incendiarias esas luces, y esa ciudad brillante en una ciudad ardiendo. (*Oyese afuera inmenso rumor aplausos, gritos confusos de:* ahi está! ahi está. *Comienza á tañir la gran campana de Londres. Asi que la oye suelta la reina una risa sardónica y terrible.*)

JUANA. Dios mio: ya sale el desgraciado! Os reis! Señora!

REINA. Si, me rio y tù tambien te reirás. Pero antes es preciso que vuelva á correr esa cortina porque se me figura que sinó no estamos solas, y que nos ve y nos oye ese pueblo inicuo... (*Corre la cortina blanca y se viene hácia Juana.*) Ahora que ha salido y que no hay por qué temer en decirlo, puedo declarártelo. Ríete, riámonos las dos de esa ciudad execrable que se deleita en beber sangre! Cómo se engaña! Estás temblando por la vida de Fabiani! Juana!... tranquilízate: ríete, te digo, como yo, Juana! ese hombre que llevan ahi y que va á perecer, no es Fabiani!... (*Se rie.*)

JUANA No es Fabiani!

REINA. No.

JUANA. Pues? quién es?

REINA. El otro hombre.

JUANA. Cuál otro?

REINA. Ese que tú conoces: ese artesano. Qué importa?

JUANA. (*Convulsiva.*) Gilberto?

REINA. Sí, Gilberto, ese mismo.

JUANA. Señora, no, por el Cielo; qué cosa tan horrible si fuera cierto! Pero se ha escapado...

REINA. Sí, es verdad que se escapaba cuando le cojieron, y en lugar de Fabiani le taparon á él con el velo negro! como la ejecucion es de noche, tranquilízate, el pueblo no podrá ver esta sustitucion.

JUANA. (*Con un grito agudo y horroroso.*) Ah señora! Gilberto es á quien yo amo!

REINA. Cómo! Qué dices? con que tú tambien me engañabas y amas á ese Gilberto. Qué me importa eso a mí?

JUANA. (*Sollozando, y arrastrándose prosternada á los pies de la reina. Toca la campana grande todo este tiempo.*) Señora, en el nombre del Cielo, por piedad, señora, por vuestra corona, por vuestra madre, por los ángeles; salvad, salvad à Gilberto, és mi esposo! mi existencia misma! Ya os he dicho que á ese hombre le debia todo, todo, la conservacion, el cuidado de mi infancia: ese hombre remplazó el padre que la suerte me arrebató cuando aun estaba yo en la cuna! á qué, señora, enseverizarse contra una muger infeliz y desventurada como soy yo? Tan terrible ha sido el golpe que acabais de darme, que ní sé como puedo hablaros. Ah, mandad, señora, que se suspenda la ejecucion... Siquiera hasta mañana... no movais la cabeza, por el Cielo. No correrà ningun peligro vuestro Fabiani... á mí me pondrán en su lugar: de noche, cubierta con un velo negro; quién me ha de conocer? Oh! bien puede el pueblo aguardar hasta mañana! Salvad, salvad á Gilberto! qué os importa que muera él, ó que muera yo, una vez que yo quiero morir? Díos mio! Qué campana aterra-

dora, cada golpe suyo es un paso mas hácia el patíbulo! cada golpe suyo me hiere el corazon. Tened compasion, señora, acceded á mi ruego. Ningun peligro correrá vuestro Fabiani. Yo os amo, señora, permitid que imprima mi labio en vuestras hermosas manos. Sois una reina poderosa, mandad, mandad por Dios que la ejecucion se suspenda... Aun es tiempo, va muy poco á poco y la torre está lejos del mercado antiguo, tienen tambien que pasar por la calle de Caringeros. Un hombre á caballo, por el otro camino que hay mas corto, todavia alcanzaba. Por Dios santo, señora, suponed que fuese yo la reina y que vos sollozando, me vinieseis á suplicar, yo cederia, señora, á vuestro ruego... Perdon, perdon! Al momento, por Dois! Que se suspenda la ejecucion! Nada, nada se opone á ello. Os juro que ningun peligro correrá Fabiani. No cedereis por fin á mi súplica, señora?

REINA. (*Enternecida levantándola.*) Bien lo deseara, infeliz! Lloras! Sí, yo tambien lloraba y sentia lo que tú. Bien sé, bien compadezco las angustias que pasas. Ya ves que yo tambien lloro. Qué desdicha! Es bien cierto que hubieran podido poner á otro en su lugar, por ejemplo à Tirconnel... Pero á ese le conoce todo el pueblo, y sin duda Gilberto era el que tenian mas á mano. Qué fatalidad, Dios mio! Ya no se puede hacer nada.

JUANA. Ah! ya pudierais haber firmado la órden: ya podrian haberla tambien llevado. Haced esto, señora, despues podré yo hablaros con menos inquietud. Oh! Qué campana! Fatál campana!...

REINA. Lady Juana, pides un imposible.

JUANA. No, no es imposible: hay otro camino que abrevia mucho, y puede muy bien alcanzar un hombre á caballo: á mí misma, me sería fácil llegar á tiempo yendo por el muelle.

REINA. No consentiria el pueblo en que la ejecucion se suspendiese y entraria despues á sangre y fuego en esta torre en donde está aun Fabiani. Me comprendes, hija mia! tiemblas! tambien yo estoy tem-

blando! Ponte tú ahora en mi lugar. Ya vés que no está en mi mano hacer lo que quisiera, Juana, por el cielo haz por no acordarte ya mas de Gilberto. Ya todo se á ácabó para él: ten resignacion.

JUANA. Mientras suene esta campana horrible, no se há concluido aun todo para él! Yo resignarme! á la muerte de Gilberto! Y así pensabais que yo le habria de dejar morir! No, señora, y ya que no ois mis ruegos y que son vanos mis esfuerzos, bien. La reina no me ha oido, pero el pueblo me oirá: aun anda la muchedumbre por estos atrios. Yo, yo le descubriré este engaño y sabré ahora decirle que no es Fabiani el que va á morir, sino un hombre, un modesto artesano, Gilberto.

REINA. (*Le agarra del brazo.*) Detente, miserable! ah! con qué... eso vas á hacer tú? cuando yo me ablando y me enternezco hasta llorar contigo, te vuelves tú demente y furiosa. Pues no és menos mi amor que el tuyo y ademas yo soy mucho mas poderosa que tú. No te hás de mover de ahí. Qué me importa á mi tu amante. Si vendran ahora tambien todas las jóvenes de Inglaterra á pedirme cuenta de sus queridos? Yo salvo al mio como puedo, por qué no has hecho tú lo mismo?

JUANA. Soltadme, maldita seais, muger perversa!

REINA. Silencio!

JUANA. No, no me callaré... Quereis ahora que os diga lo que se me ocurre? No creo que sea Gilberto el que va á perecer....

REINA. Qué dices?

JUANA. No sé, pero yo he visto al que llevaban tapado con el velo negro y si hubiera sido Gilberto, habria yo sentido en mi pecho un no sé qué, extrardinario, me habria latido el corazon con violencia y me hubiera dicho: es Gilberto! es Gilberto! Nada de eso sentí... no era Gilberto.

REINA. Qué has dicho? insensata! conozco que no tiene sentido comun lo que acabas de decir... y... con todo, me acongoja y revuelve en mi pecho inquietudes secretas. Ah! por qué á pesar del motin

que ha habido en el pueblo no lo habré vijilado yo todo por mi misma? Porqué habré yo encargado á otro el cuidado de salvar á Fabiani? Tal vez se habrá estado ahí Simon Renard, y habrà sobornado á ese traidor de Eneas Dulverton. Ah! con tal que los enemigos de Fabiani no me hayan por segunda vez hecho traicion! Con tal que no sea Fabiani! Hola! venga aqui pronto alguno! (*Vienen dos carceleros.*) Corre y con este anillo real que te doy, manda en mi nombre que al punto se suspenda la ejecucion. Ve al mercado antiguo por el camino mas corto...

JUANA. Por el muelle.

REINA. Por el muelle: monta á caballo, vuela, (*Sale el carcelero. Hablando con el otro carcelero.*) Tú, ve al punto, al torreon de Eduardo el confesor; en uno de los dos calabozos de condenados á muerte que hay allí encontrarás un hombre, tráele aqui al instante! (*Se va el carcelero.*) Ah! tiemblo y no tengo fuerza para sostenerme. Miserable criatura! tú me has hecho que yo me vuelva tan desgraciada y loca á mi como á ti. Yo te maldigo, asi como tu me has maldecido! Yo... ni..... veo. Se me turba la mente! ¿Por quién toca esa campana, por Gilberto ó por Fabiani?

JUANA. Ya no toca!

REINA. Es que ya han llegado á la plaza de la ejecucion! Ese homdre no há podido llegar á tiempo! (*Se oye un cañonazo algo lejano*)

JUANA. Cielos!

REINA. Ya sube al cadalso. (*Segundo cañonazo.*) Ya se le arrodillan.

JUANA. Que horror! (*Tercer cañonazo*)

LAS DOS. Ah!

REINA. Ya no vive mas que uno de los dos: dentro de un instante sabremos cual es. Dios mio! permitid que sea Fabiani!

JUANA. Dios mio, permitid que sea Gilberto!

(*Descórrese la cortina del fondo y aparece Simon Renard con Gilberto de la mano*).

JUANA. Gilberto! (*Se precipitan en los brazos el uno del otro.*)

REINA. Y Fabiani?

REN. Ha muerto.

REINA. Ha muerto! quién, quién se ha atrevido!

REN. Yo, que he salvado á Inglaterra.

FIN DEL DRAMA.

COMEDIAS REPRESENTADAS EN TIEMPO DE LA RITA LUNA Y DE MAIQUEZ EN TAMAÑO DE 8.º

Abate l' Epeé.
Acelina.
Adolfo y Clara ó los dos presos.
Agamenon (tragedia).
Ali-Bek.
Amantes generosos.
Amor y la intriga.
Avaro (el).
Bella labradora.
Califa de Bagdad (ópera).
Cecilia y Dorsan.
Chismoso (el).
Clementeina y Desormes.
Conde de Olbach.
Duque de Viseo.
Fulgencia ó los maniáticos.
Gombela y Suni-Ada.
Muger celosa.
Opresor de su familia.
Pablo y Virginia.
Padre de familia.
Presos ó el parecido (ópera).
Prueba caprichosa.
Reconciliacion ó los dos hermanos.
Solteron y su criada,
Virtud en la indigencia.
Un loco hace ciento.

SIGUEN LAS COMEDIAS EN 8.º

Amor por el tejado ó la Marcela.
Andaluza en el laberinto.
Atahualpa (tragedia).
Blanca y Montcasin (id).
Bosque peligroso.
Bruto ó Roma libre (tragedia.)
Cabeza de bronce.
Cadma y Signoris.
Calavera (el).
Caliche.
Camila (tragedia)
Casamiento por fuerza.
Castillos en el aire.
Citas (las).
Citas debajo del olmo
Cocinero (el) y el secretario.
Condesa de Castilla.
Conjuracion de Venecia.
Contrato anulado.
Coquetismo y presuncion.
Costumbre de antaño
Cuantas veo tantas quiero.
Deber y la naturaleza.
D. Dieguito.
D. Pedro de Portugal (tragedia).
D. Sancho García de Castilla.
Doña Maria Pacheco.
Dorotea (la).
Dos épocas.
Dos preceptores.
Dos sargentos franceses
Edipo (tragedia).
Eduardo y Federica.
Efectos de un mal ejemplo.
Elvira portuguesa.
Enamoradizo (el).
Escuela de la amistad.
Escuela de los jueces.
Español y la francesa.
Guzman (tragedia).
Hipócrita.
Hipócrita pancista.
Hombre de la Selva negra.
Huérfana de Bruselas.
Huerfanita,
Imperio de las costumbres.
Indulgencia para todos.
Ir contra el viento.
Jóven de sesenta años.
Jugador.

Lo que son mugeres.
Lo que puede un empleo.
Lugareña orgullosa.
Marica la del puchero.
Marido de dos mugeres.
Mentira contra mentira.
Mi retrato y el de mi compadre.
Misantropía y arrepentimiento.
Morayma (tragedia).
Muerte de Abel (id).
Muger por fuerza.
Muger varonil.
Novia tapada.
Numa (tragedia).
Numancia destruida (id).
Opera cómica.
Oscar, hijo de Osiam (tragedia).
Pancho y mendrugo.
Pelayo (tragedia).
Polixena.
Rábula (tragedia).
Raquel (id).
Rey Eduardo.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Sofonisba (tragedia).
Tal para cual.
Tonta (la) ó ridículo novio.
Treinta años ó vida del jugador.
Vergonzoso en Palacio.
Viajante desconocido.
Vieja y las calaveras, ó la posada.
Virginia.
Viuda de Padilla.
Una noche de novios.
Una travesura (ópera).
Zenobia y Radamisto.

MUSEO DRAMATICO.

Actriz, militar y beata.
Amante misterioso.
Arturo ó los remordimientos.
Al pie de la letra.
Caer en el garlito.
Caer en sus propias redes.
Celos.
Ciego.
Cuentas del zapatero.
Cartas del Conde-Duque.
De una afrenta dos venganzas.
Dos muertos y ningun difunto.
Duque de Altamura.
En paz y jugando.
Es un niño.
Enrique de Trastamara.
Espectro de Hiver-sein.
Favorita (la).
Gaceta de los Tribunales.
Galan invisible.
Halifax ó pícaro y honrado.
Hija de Cromwel.
Hijo do Cromwel.
Hijo del emigrado.
Idiota.
Ingeniero ó la deuda del honor.
Madre y el niño siguen bien.
Marido desleal.
Novicio.
Opera y el Sermon.
Otra noche toledana.
Penitencia en el pecado.
Por no escribirle las señas.
Posada de la madona.
Quien será su padre.
Ricardo el negociante.
Robo de Elena.
Secreto de una madre.
Tio Pablo ó la Educacion.
Trapisondas por bondad.
Tercera dama duende.
Un amante aborrecido.
Ultimo de la raza.
Un mal padre.
Un casamiento provisional.
Un quinto y un párvulo.
Un rival.
Un soldado de Napoleon.